

BIBLIOTECA "RODO"

Roberto de las Carreras

**Epístolas
Psalms
y Poemas**



CLAUDIO GARCIA & Cia. - Editores

CALLE SARANDI 441

Montevideo

1944

PROPOSITOS

Con la inquietud de una superior manifestación de cultura, nace en Montevideo, con universal destino, la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", la que dará cabida, exclusivamente, en sus ediciones, a lo más escogido de las letras nacionales.

Abre sus rumbos hacia una finalidad de elevadas directivas, colocando por encima de toda solicitud utilitaria, un serio propósito espiritual y un noble afán de divulgación seleccionada, de los más calificados valores de la literatura uruguaya.

En todos los grandes centros intelectuales del mundo, donde el pensamiento realiza su alta función social; en todos los países, donde las letras, en sus distintas manifestaciones, fundamentan un valor civilizador y dan carácter de personalidad a la nación misma, existen organismos editoriales, — y algunos con carácter de institución pública, — dedicados exclusivamente a la difusión de libros de los escritores nativos más caracterizados y de mayor influencia en la cultura ambiente.

Y estas empresas de propagación bibliográfica, no sólo realizan una siempre beneficiosa misión educadora, quizá la más alta que comprende el concepto humano; no sólo vincula con facilidad de nexo al pueblo con sus pensadores, sabios, novelistas, dramaturgos y poetas, sino que además, desprende fuera de fronteras, poderosas corrientes que contribuyen a dar

perfil de prestigio a la fisonomía moral del país de origen.

Y nuestra república, que por glorioso destino es cuna de grandes hombres de letras — tanto, que sus obras han contribuido profunda y brillantemente a dar carácter al pensamiento americano, — requiere necesariamente y en forma organizada y de efectiva permanencia, una Biblioteca de escritores nacionales, los más notables y calificados.

Varias han sido las iniciativas de carácter editorial que han habido en nuestro país; pero indudablemente, fuerza es destacarlo, el más extraordinario esfuerzo en tal sentido es el realizado por CLAUDIO GARCIA y Cía., La Editorial LA BOLSA DE LOS LIBROS, que lleva ya impresos más de medio millón de volúmenes, correspondientes a ediciones de centenares de libros de distinto carácter y de autores de nacionalidad varia. Y el mismo espíritu animador de toda esa cuantiosa obra editorial, es el que mueve esta patriótica iniciativa dando vida a la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", en cuyas ediciones, que serán mensuales, cabrán todas aquellas obras, ya publicadas o inéditas, cualquiera sea su tendencia, su carácter, su orientación literaria, filosófica, histórica, política, etc., y cualquiera su época, siempre que se ajusten a una máxima condición sustancial: que sean obras de selección, gratas al espíritu y al entendimiento, altas en concepto y en belleza, y, fundamentalmente, dignas del espíritu civilizador de la República.

LA DIRECCION.

EPISTOLAS - PSALMOS Y POEMAS

BIBLIOTECA RODO

OVIDIO FERNANDEZ RIOS
DIRECTOR

DE
LITERATURA
E
HISTORIA

AUTORES
URUGUAYOS

ROBERTO DE LAS CARRERAS

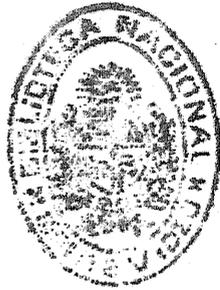
Epístolas
Psalmos
y Poemas



CLAUDIO GARCIA & Cia. - Editores
CALLE SARANDI 441
Montevideo
1944

R. de las Carreras

6.402.538



FICHA BIOGRAFICA

Roberto de las Carreras nació en Montevideo, en el año 1875, siendo su apellido por parte de madre, el de García de Zúñiga, de viejo e ilustre abolengo en la sociedad aristocrática de Montevideo.

En 1895, realizó un viaje a Europa desde donde escribió una larga serie de Crónicas de viaje que fueron publicadas en "El Día" de Montevideo. Luego publicó las siguientes obras.

"Al lector" (1894); "Sueño de Oriente" (1899); "Parisianas" (1904); "Psalmo a Venus Cavalieri" (1905); "La Onda azul" (1905); "El amor libre y el divorcio" (1905); "Diadema fúnebre" (1906); "Oración pagana" (1906); "Don Juan" (Balmaceda), (1907); "La visión del arcángel" (1908); "La Venus celeste" (1909); "El cáliz" (1909); "Suspiro de una palmera" (1914).

Fué miembro del Cuerpo Consular del Uruguay, ocupando cargos en La Plata (Argentina), Asunción del Paraguay; Paranaguá y Curutyba (Brasil).

Desde 1915, una aguda y crónica neurosis lo ha alejado definitivamente de toda actividad intelectual.

PERFIL

Con este libro, la "Biblioteca Rodó", inicia la publicación de una serie de volúmenes que constituirán, en lo posible, la obra literaria de Roberto de las Carreras, escritor que, aunque en vida física, el sombrío silencio de la razón ciega, abrió para él una pausa definitiva...

Los que tuvimos la suerte de conocerlo y tratarlo en su noble y atrayente amistad, en un pasado cuarentón y romántico, su nombre reaviva una evocación amable, y más, por que al evocarlo tenemos presente a nuestra propia juventud. En cambio para las generaciones actuales, que sólo tienen confusas referencias de una edad que pudo llamarse de oro para las letras rioplatenses, Roberto es un personaje con algo de fábula o de leyenda, lo que da a su personalidad un relieve de embrujo. Tantos y tan distintos han sido los comentarios sobre su brillante talento, su insolencia, su sibaritismo sensual, su egolatría, su burlón y desaprensivo concepto moral y la agresividad varonil de su figura, que ha terminado por diluirse en el antojadizo contorno con que se proyecta en cada imaginación.

Por eso es difícil realizar un perfil más o menos aproximado de este extraordinario hombre de letras, destacada figura del ambiente de una época y que tuvo la virtud de concitar sobre sí, el más variado juicio en lo intelectual, en lo moral y en lo social. Difícil, pues, trazar su perfil; una, por la lejanía de tiempo, ya que hay que ajustarse al plano

y complejo de una época distante, y no siempre el color y la línea pueden dar idea cabal de la figura; y otra, por las mismas apreciaciones encontradas sobre su personalidad y su obra. Por eso, juzgar con el criterio y el gusto de nuestros días, y por lo tanto con la exigencia de los moldes neo-literarios, una obra de la naturaleza excepcional de la de Roberto de las Carreras, es desvirtuar su propia esencia; quebrar su encanto; modificar el verdadero sentido armonioso y espiritual, que sostiene una arquitectura, de muy original belleza y gracia personalísima. De ahí, nuestra confesión de que preferimos y compartimos con los juicios labrados en la época de su presencia activa y triunfal apogeo, por aquellos que cómo él eran jercas en las capillas líricas de principio de siglo; maestros del buen decir y el gay saber; ordenados caballeros del ideal en la exaltada concepción apolínea; por aquellos que dominaron el ciclo ilustre, con la suntuosidad de su talento y que vivieron la encendida mística literaria de una hora aun virgen de toda inquietud revolucionaria; de todo agitado proceso de transformación; de toda esa incesante corriente de renovación que dió asiento a un mundo nuevo en el arte, especialmente en las letras.

"Roberto de las Carreras es un sibarita que sienta mal en el rebaño burgués de nuestros literatos" —decía Julio Herrera y Heissig, su compañero en el cenáculo azul de los prestigios y del encantamiento de la palabra brillante y sonora—. "Se hace difícil el triunfo de lo anticonvencional y lo revolucionario"; —seguía diciendo Julio— "Roberto de las Carreras debe nadar como Byron para cruzar ese Helesponto de Egoismos y de Envidias, que le saldrán al camino cada vez que, sin hacer caso de las prevenciones de los cobardes, se arroja audaz de la roca de Decaulión al mar de la publicidad, son-

riendo con desdén a cada bofetada de las olas y mirando en el fondo del peligro que amenaza tragarlo, el cielo que se refleja de su gloria futura”.

Y sigamos aún a Herrera, pregonando en la aparatosa decoración del adjetivo elogioso, y con la sincera admiración de artífice casi sagrado, el valor literario de Roberto, cuando le dice juzgando una de sus obras, “Sueño de Oriente”: “Soberbio es su estilo; la frase acerada; el período es redondo, musical, lleno, marmóreo, estatuario. Benvenuto Cellini ha burilado en su taller de escritor. Prestóle Flaubert su diosa para que le sirviera de modelo. Los períodos tirados a cordel, marchan a compás de soberbios redobles y de sinfónicos golpetazos, rematando en hemistiquios de oro; como la estatua de Memnon, retumban; como las olas que Ossián rimó en sus estrofas, cantan. El sonámbulo de “Espírita” le prestó su paleta de mago del país del Iris. Su imaginación sonrío como un trópico enflorado. Imagen de la fecundidad, —como dice Musset— de las palmeras de Argel, con solo agitar su abanico de reina oriental, puebla el desierto de magníficas esmeraldas”.

La egolatría fué rasgo saliente en su inconfundible personalidad. Un agudo yoísmo, encuadrado en una estudiada e insolente arrogancia, ponía sello propio en su personalidad y en su obra. Y el mismo Julio no lo disimulaba al analizarlo en planos más fríos, cuando decía: “Desde las primeras líneas aparece el yo. Roberto de las Carreras ha querido aplaudirse antes que lo censuren. Es el viejo procedimiento romántico: el que se exalta será exaltado. Es el dueño de casa que se sirve antes que las visitas. Es lo más descortés posible. Sin duda quiere imitar a Bonaparte en la Corte de Berlín. El espíritu individualista aparece erguido como los célebres leones esculturales de las puertas egipcias.

Para interesar —dice Lamartine— hay que hablar de uno mismo. Si se llamara pendería lo que es naturalidad en Roberto de las Carreras, no dejaría de ser “la insolente pendería del talento”.

Y en cuanto a la obra literaria de Roberto y que en esa oportunidad juzgaba el insigne cincelador del “Collar de Salambó” este decía con la iluminada magia de su palabra: “Elegancia y sensualidad”. Estos son atributos que forman la conjunción sublime de los atractivos de Sapho, componen el tejido mórbido, blanco, consistente y elástico de tan hermoso libro. Es Citerea bañada en champagne; es una bacante de Pompeya mirándose en el espejo de una cisterna. Hay algo de cínica ingenuidad en esas páginas sahumadas con mirra de harenas y escritas con sangre de cinamomos. Roberto de las Carreras ha triunfado porque nos ha descubierto lo que nos ha descrito tan admirablemente. Su libro es estricnina en copa de oro. La flecha se halla escondida bajo el espléndido plumaje de un estilo que ha dado la nota más alta, de dos años a esta fecha, entre todo los que han elaborado nuestras jóvenes inteligencias. Ahora, del punto de vista moral y sociológico la obra constituye una afrenta al pudor de la sociedad; el autor se calza los guantes para abofetearla y como si se tratara de los viejos castigos de cuartel, hay música y hay crimen al mismo tiempo. Un libro que tiene toda la atracción del ángel malo; explende y quema como la túnica de Neso; brilla y corta como el diamante; es la falsa pitonisa; es la roca fragante que esconde el áspid de Cleopatra. Roberto de las Carreras nada respeta. Solo se habla y se escucha a sí mismo. Es un fotógrafo del pecado. Es el diablo concebido por Heine, que no es feo, cornudo ni cojo, sino que viste frac de caballero y se codea a cada paso con los ángeles... de Montevideo”.

¿Se quiere en frases más hermosas y certeras, un mejor perfil intelectual y moral de Roberto de las Carreras, como el que con fina elocuencia lo ofrece —y conseguido en el afán impaciente de nuestra búsqueda, —quien fuera el sacerdote sumo de los oficios lunáticos de la Torre de los Panoramas, donde se consumó una de las más hermosas gestas del Uruguay, “altillo histórico” donde, al decir de ese otro magnífico y suntuoso Vasseur, Roberto fué el maestro esteta y el verdadero precursor del modernismo en nuestra literatura.

¿Una semblanza de Roberto? En lo físico: personaje familiar en los ambientes céntricos montevideanos, fué suya la creación del elegante tipo “boulevardier”, por cuya razón su figura fué nota original y de curioso en la aldea. Tuvo también discípulos en ese otro dandysmo, pero lo que en él era naturalidad personal, en sus imitadores resultaba figurín ridículo, por lo que su silueta fué inconfundible y única. Su estatura normal; cuerpo de varonil forma y líneas armoniosas; de arrogante señorío en el andar; sombrero algo mosqueteril sobre una amplia cabellera tirando a blonda y ensortijada; bigote a la francesa, mirada penetrante e insolente el gesto; alto y torturante el cuello, con corbata “lavoiser” ochocentista a doble vuelta; gardenia en el ojal; chaleco de piqué níveo; guante al desgaire y bastoncillo cimbreante y flexible; tal era, a ligero dibujo, la silueta de aquel hombre inquieto y atormentado de “pose”; poeta extraño, taumaturgo del estilo, afrodisiaco a lo Pierre Louys, naturalista a lo Huysman y genio ático y satírico a lo Byron.

En cuanto a la semblanza moral de Roberto de las Carreras, confesemos que nos resulta difícil rea-

lizarla. Nacido en cuna ilustre y en hogar de desahogada fortuna, le fué fácil adquirir una brillante cultura, la que fué ampliando en sus viajes a Europa y en su inquieto afán de lecturas seleccionadas de acuerdo con sus gustos y preferencias literarias. Y así dió forma y fundamento a su personalidad intelectual, a la cual, su natural característica, su temperamento rebelde, su ostensible desprejuicio y desenfadado desdén por todo lo que fuera disciplina en el precepto social y aún en lo convencional de las reglas morales de la época, creó una fisonomía propia de tal relieve, que lo ubicó en un plano ambiente de sobresaltadas apreciaciones, ríspidos juicios y severas críticas. Y así fué como con algo de verdad y otro algo de artificial, adquirió una excepcional reputación, de un si es no es de hombre diabólico, excomulgado por los santos oficios de rígidas gazmoñerías, pero admirado en el silencio sentimental de núbiles románticas. Todo en él concitaba a una presencia estremecida. La aureola donjuanesca que algunas aventuras reales o imaginarias le habían dado; su fama de espadachín; la bella arrogancia de su figura varonil; la insolencia con que hacía gala de su elegante bastardía; el influjo de su lírica erótica y de su prosa rutilante y sensual que se enroscaba fina y voluptuosa en los sentidos como una culebrilla de mortal veneno, todo eso hacía de Roberto un personaje inquietante en el ambiente montevideano de principio de siglo. Manuel Sumay en su impecable prosa, le decía “En las misas rojas es Vd. un sacerdote pecaminoso. Es Vd. el gran sabino de las manchas aristocráticas. Y Monsieur Luzbel, vestido de frac, es el campanero”. Oscar Tiberio, poeta y escritor contemporáneo de Roberto llamaba a éste: “Artista aristócrata, gran Caballero del Placer, que peca por amar con toda el alma a la belleza”.

Varias fueron las veces que hubo de haber desenvainado la espada italiana de combate, en defensa quisquillosa del honor, y si a ello no llegó, en cambio mal la hubo en una ocasión, en que un vulgar plomo trágico echó por tierra su arrogancia, episodio al que sobrevivió, pues no podía morir así un Elegido de los dioses helénicos. Vasseur nos contaba cómo un día siendo secretario de "El Tiempo", cuando era su Director Mendilaharsu, Roberto le envió los padrinos que lo eran y aquí lo transcribimos textual "... recibí la visita de los padrinos de Roberto: uno bastante linyera, que dijo llamarse Florencio Sánchez; el otro, blondo como un querube: Julio Herrera y Reissig. ¡Dos inmortales! Cualquiera lo hubiera imaginado".

Desde 1915, Roberto desapareció del escenario público "Anochece en olvidado silencio", dijera en una hermosa página Zum Felde "La neurosis paranoica en parte hereditaria —pues que su madre murió demente— fué manifestándose en él de modo progresivo, hasta que sus perturbaciones hicieron crisis en estado de parálisis progresiva, ya incurable.

Retirado del mundo, acogido en el alma piadosa de un sanatorio, el luzbel anárquico ha proseguido la última etapa ciega de su destino. Fué, embozado en su sombra, a una última cita misteriosa". . .

Efectivamente: a una última cita misteriosa, donde, sobre el tálamo trágico de la razón muerta, —féretro de sombras—, la negra noche, deshoja en el desolado silencio, marchitas y desvanecidas las viejas rosas de Citeres! . . .

Ovidio FERNANDEZ RIOS

Montevideo, 1944.

ROBERTO DE LAS CARRERAS

POR

SAMUEL BLIXEN

Va por la calle como todo el mundo: usa paletot claro, una corbata de seda roja y un sombrero inmenso de alas anchas. Su excentricidad en el vestir no es tanto que llame por sí sola la atención. Tiene veinte años; una mirada penetrante y gris como la hoja de un florete; hermosos bucles dorados sobre su ancha frente de poeta, y una boca sensual, que parece hecha para murmurar perezosamente cálidos versos de amor. Es un Antonio disfrazado a la inglesa, y que podría permitirse los caprichos de Brummel y hasta vestirse de arpillera como D'Orsay, sin parecer ridículo. Es un talento singular, y es un carácter más singular todavía. Podría definir a Roberto de las Carreras diciendo que es un hombre que no hace nada, absolutamente nada, de lo que hacen los demás. ¿Hay otro que pugne como él la ilegitimidad de su nacimiento? ¿Hay otro que la ostente como quien ostenta un ramillete de rosas en el ojal de su yaquet? . . . Otro caso. Tuvo a los diez y siete años su novela pasional con los tres consabidos capítulos: Frenesí, Aburrimiento y Olvido. Pasó el tiempo, y un día se colocó frente al cañón de una pistola, por la mujer que había amado. . . y que le era ya indife-

rente! Otro caso más. Recibió una herencia hace unas semanas, y lo primero que hizo fué citar a sus amigos... para pagarles todas sus deudas!... Acusa todo esto un carácter altivo, caballeresco y generoso, que no deja de ser simpático en su afán de abrirse paso, entre la muchedumbre vulgar, no con maneras corteses, sombrero en mano, y con palabras de súplica, sino atropellando por todo, y apartando los estorbos a empujones y codazos. Para mí, de las Carreras es hoy el espíritu más independiente de la literatura española. No tiene vínculos con nada ni con nadie; no respeta preconceptos ni ideas; no conoce trabas ni reatos. Burns deseaba ser una de estas dos cosas: o el caballo árabe que cruza a todo galope la inmensidad del desierto, como representante de la libertad absoluta, o la ostra humilde, eternamente pegada a su oscuro banco de piedras submarinas, como representante del absoluto reposo. De las Carreras no podría admitir el dilema del gran poeta inglés. No ha nacido para molusco.

Más excéntrico aún que el espíritu, es el talento singular del poeta. Toda inteligencia tiene una patria, una ciudad natal, una aldea de origen. De las Carreras no tiene siquiera un aduar hacia el cual deba volver de cuando en cuando los ojos y el recuerdo; no tiene, en su Tebaida, ni una choza, de la cual pueda decir: "Ahí vivieron los padres de mi intelecto". Porque nadie podrá jurar que se parece a Byron, por más que sea necesario remontarse hasta el **Don Juan** para encontrar poesía tan burlona, tan cruel y tan divertida como la suya. Y el parecido con Musset es más aparente que real, porque hay en el sarcasmo de nuestro poeta, un singular encanto: el de lo inexplicable. No ha sufrido aún, puesto que apenas comienza a vivir: ¿de dónde le viene entonces esa obsesión del dolor que

hay en su alma melancólica? Desde Byron a Bartrina la poesía amarga es sólo una manifestación intelectual del hombre que lucha desesperado contra el adverso destino; pero Roberto de las Carreras no es un alma vencida, ni un espíritu abatido, ni un corazón vacilante. Es un luchador que se presenta en la arena con los bríos y la gallardía de un púgil de los antiguos juegos. Pero en el calor de la pelea, reparte sus golpes, con el insulto, la imprecaación y la blasfemia en los labios. Tal vez lo hace para reaccionar contra la melancolía ingénita y contra el fastidio, "ese monstruo delicado" que se apodera poco a poco del espíritu, encerrándolo en la red de sus tentáculos invisibles. La lucha es una necesidad instintiva para quien, al sondar las penumbras de su fuero interno, no encuentra sino un hacinamiento de brumas grises y la espantable oscuridad de la noche que avanza. La juventud del cuerpo trata de sobreponerse a la vejez del alma, y es curioso ese combate entre las actividades y los entusiasmos físicos que nacen de la sangre ardiente y el desaliento que cae gota a gota, como una helada filtración, sobre esas impetuosidades juveniles. Hay alegría en el músculo y en el nervio; hay tristezas incomprensibles en la idea y en el pensamiento. ¿Quién sabe si en el fondo de la sombría desolación no existe algún extraño deleite? **Sunt quoque gaudia luctus**, dijo el autor de **Los Tristes**. Y hay almas que, como los albatros, ansían la borrasca, y vuelan complacidas sobre las turbulencias de la pasión irritada, y gozan al mecerse balanceadas por el vendaval de los ímpetus, y se refugian en la nube oscura del odio donde ruge más amenazador el trueno y donde estalla más terrible la luz cárdena de los relámpagos.

En esta predilección por los sentimientos moralmente sombríos, hay algo de siniestro, de satá-

nico. Es la tendencia hostil a las preocupaciones sociales que el tiempo y la costumbre han consagrado. Es la negación sarcástica y blasfematoria de las grandes verdades, que son, para la conciencia, como un faro rutilante, indicador del camino. Hace veinte años la audacia consistía en dudar. . . ¡pobre audacia que hace parecer pusilánimes y ridículos a los que ayer se consideraban espíritus fuertes! Pero hay mucho de afectación en el prurito de manosear sacrílegamente esas vetustas preocupaciones de la humanidad, que son como veneradas reliquias del sentimiento honesto y de épocas más sanas. Es la exageración de las extravagancias con que Theo procuraba solamente épater le bourgeois, y con que Wienbarg quería pisotear a los filisteos, die philistiner zertretten. Cuando uno de los actuales decadentes ofrece una bofetada al Cristo para probarle que no existe, — no hace más que afectar una pose un tanto ridícula. ¡Negar a Dios! . . . ¡Vaya una novedad para los que niegan a la madre, y con la madre al hogar; para los que niegan al Amor y sólo comprenden las brutalidades del sexual instinto; para los que niegan a la misma naturaleza, puesto que la empuerqueñecen y la degradan! Todo eso, en último caso, no sería más que una interpretación equivocada y dolorosa de la vida, interpretación más o menos pasajera, como todas las modas del pensamiento. Hay decadentes que usan la negación absoluta como usarían guantes amarillos y sobretodos hasta los talones. Pero hay otros espíritus para quienes la negación es la fe al revés, y que sinceramente van a estrellarse contra las grandes verdades brilladoras como los pájaros nocturnos contra los vidrios iluminados de las altas torres arropadas por las tinieblas. Confesamos que hay algo de inmenso en ese indomable espíritu de protesta, cuando nace de una convicción pro-

funda y sincera. Tiene algo de la sublimidad de Luzbel cantado por Richepin. Podría decir como aquel: "C'est moi qui vibre dans toute âme révoltée. — Dans tout âpre génie où vous voyez un fou — C'est moi le noir Cain et c'est moi Prométhée — le sublime filou! . . . Hay para mí, en esa enorme angustia del corazón que interroga a las cosas insondables y que tiene el inagotable deseo de comprender los misterios clausurados al humano esfuerzo — algo tan hermosamente trágico y tan levantado, que impone respeto y obliga a la admiración. Son terribles, pero patéticos, los arrebatos de esas almas rabiosas, que se niegan a saciar su sed inextinguible en los frescos y consoladores raudales de la fe. La generalidad de los hombres, son para mí como la poética Yolanda, la hija del rey Renato, en el extraño drama de Hertz: están ciegos, y como ni siquiera sospechan que lo están, viven felices en la oscuridad que los rodea; sin la intuición de que existe en torno suyo el esplendor de la luz y la magnificencia de los colores. Hay algunos, sin embargo, que tienen la certidumbre de que la luz existe, y en su furioso anhelo de ver, en los afanes de la propia impotencia, procuran destrozarse con los dedos crispados el velo que cubre sus pupilas, y se consumen, y se martirizan, y concluyen por arrancarse los ojos de las órbitas, en la cruel desesperación de no percibir los nimbos y las auroras que han sospechado!

De las Carreras es quizás de estos últimos. Hay en el fondo de todas sus poesías la intuición dolorosa de verdades que no comprende. Las leyes civiles le parecen absurdas y crueles, cuando fijan los derechos de los hijos naturales. Con un acento sarcástico que el mismo Byron pudiera envidiarle, rechaza el estigma que la sociedad impone a los hijos del Amor. Hace, por el contrario, su defensa y



su apología, y va más allá que el general Mansilla, cuando éste dice, de su abuelo: era bastardo y, **por tanto**, hombre de suerte y de ingenio". A su condición de hijo de una culpa, atribuye el propio espíritu levantado y fuerte, y la libertad de su talento y de su carácter. No cree en el matrimonio; se ríe de los maridos que tienen esposas bonitas; invita a estas últimas a pasar el Rubicón del pecado dulce, y proclama audazmente la libertad absoluta de amar. Y así, en versos un tanto ásperos, ha dicho sencillamente cosas satánicamente monstruosas. Su burla cruel no respeta ni a las mujeres que amó en sus horas de ensueño o de deleite, y en los arrebatos de una depravación curiosa, ha cantado a una rubia hija del Norte, para cantar después a una seductora parisiense y a una italiana de ojos de fuego y dientes mordedores.

Mañana, como Baudelaire, llegará tal vez a cantar a la Venus Negra. ¿Es posible calcular a dónde irá esa fantasía excitada, que ha emprendido una carrera loca por el campo de la despreocupación actual? No hay, entre los poetas de este siglo, quien se haya atrevido a vaciar en el molde del verso, enormidades semejantes a las suyas. ¿Espronceda?... Es un seminarista tímido al lado de nuestro poeta. ¿Bátres y Montufar?... Es sólo un hábil narrador de escenas libertinas, que no tienen importancia moral ni filosófica... En todo su famoso poema **El Reloj** no ha puesto una sola idea que asuste: en cada poesía de Carreras hay, por lo menos, una docena. Y si es cierto que toda alma debe tener un altar y un culto, ¿cuál es la adoración de este poeta sarcástico y cruel? No tiene, como los demás, el recurso de desahogar la virilidad de su espíritu, en el estudio de los grandes intereses sociales; no cree en la política, no cree en las ciencias, y casi estoy por afirmar que, siendo literato, no cree en la literatura. Nunca le he oído ha-

blar de la Patria; supongo que la respeta, cuando no la ha insultado. ¿Espera en la gloria? No lo creo; sabe que no escribe sino para un grupo selecto y reducido y que la gran mayoría del público — la que hace y deshace reputaciones — no lo comprenderá jamás. No ha habido otro escritor que trate a sus lectores con tanto desprecio. El autor de **Las Horas del Mal** — ¡vaya una gracia! — habla del "hipócrito lector, su hermano y semejante": De las Carreras dice redondamente: "Lector, eres una bestia!" y se queda tan tranquilo. Esa altivez tiene algo de genial; casi todos los **incomprendidos** han atravesado la vida, con la misma sonrisa de soberano desdén en los labios, y con el mismo afán de pisotear el orgullo de las multitudes enanas. Y sin embargo, no creyendo en ninguna de las fórmulas habituales de la fe, Carreras tiene otra fe individual completamente suya, que le incita al trabajo, pone la pluma en sus manos, enardece su cerebro enfermo y le dicta hermosos versos al oído. Esa nueva musa es la **Egolatría**: es la confianza en sí mismo, es la convicción ciega de que con la propia inteligencia está el remedio para sus dolores, el lenitivo para la sed de verdades que lo aflige y el consuelo para el ansia de lo imposible que lo consume. Villier de L'Isle Adam, otro gran incomprendido, decía: "Si deseas la verdad, créala! Nunca será más que una ilusión tuya. Lo que existe es sólo Fe!" Ese es el último recurso de los descreídos: la fe que les falta para creer en las verdades externas, les sobra para consolarse en las fantasías de la propia imaginación!

Esa egolatría de las Carreras, es, según Max Nordau, uno de los síntomas acusadores del decadentismo. ¿Bastará para decir que nuestro poeta es un decadente auténtico? No me atrevería a afirmarlo. Ególatras son todos los poetas verdaderos

de nuestro siglo. Los temas generales y abstractos están agotados de mucho tiempo atrás. La Bruyère en su época, constataba ya amargamente que "todo está dicho, y que venimos al mundo demasiado tarde después de los siete mil años en que ha pensado el hombre". ¿Quién habla de Dios, después de haber hablado Víctor Hugo? ¿Quién habla de la patria después de Mickiewicz? La verdadera fuente de inspiración está en el hombre, pero en el hombre **individual**, y en el estudio sincero y profundo del propio yo.

"El que no se estima en mucho, no merece que lo estimen en algo", ha dicho un novelista. La poesía que buscaba inspiración escalando los astros, siguiendo a las nubes en su variable vuelo por el espacio, conversando con los ángeles, tutéandose con el Infinito, oyendo las confidencias de las brisas o de los arroyuelos e interpretando el lenguaje simbólico de las flores, es ya una poesía pretérita, que ni convence ni emociona. Toda la inspiración se ha concentrado en el hombre. ¿Hay cielo más poético, más engañoso y más azul que sus esperanzas? ¿Hay infinito más vasto que el de sus anhelos? ¿Hay flores más perfumadas que sus deseos de amor? ¿Hay auroras más sonrosadas que las de sus ilusiones? ¿Hay borrascas más trágicas que las de sus desdichas? Lo abstracto y lo ideal nos dejan indiferentes en esta época de positivismo; sólo nos conmueve lo individual, el **hecho** acaecido y revelado con la lealtad de una confesión. El poeta actual no se remota ya al empyreo, como en las épocas románticas: desciende a los antros de sus aflicciones. Como la herencia del Moro, en el famoso cuento de Irving, el tesoro de las ideas nuevas, está abajo, escondido en las profundidades, y hay que cavar en la propia conciencia, para dar con él. Y para quien se dedica de buena fe a ese penoso trabajo, el tesoro es inagotable. ¿Puede decirse que

esa labor significa una decadencia? Yo creo que, por el contrario, conduce al progreso. Lo que a mi modo de ver, acusa una similitud entre de las Carreras y los decadentes del momento actual, es eso que Mandslley llamaría su **moral insanity**. Complicada con su "emotividad", y con su "adinamia" típicas. Pero la perversión moral de los decadentes es más ficticia que real, — y, lo repito — de las Carreras es profundamente sincero. Fuera de eso: nunca leyó lo que el decadentismo ha producido en los últimos años. No conoce a Glatigny, a pesar de que, como él, se sumerge "**dans les gouffres du vice et des plaies lamentables**"; no conoce a Verlaine, no conoce a Baudelaire, no conoce a Richépin, no conoce a Rollinat... Si fuera decadente, sería un caso esporádico en América, un **mirlo blanco**, por su completa desvinculación con los escritores de Europa. Y luego: el síntoma característico de los pretendidos reformadores de la poesía, es la preponderancia de la forma sobre el fondo, mientras que nuestro poeta se cuida mucho más de las ideas que del verso, del verso que hasta ahora ha sido en sus manos, tosca arcilla mal trabajada.

Y por último, no hay en su físico, ninguno de los "estigmas" de la degeneración: sus orejas son como las de todo el mundo; no adolece de "asimetría" ni de estrabismo; no tiene "hocico de liebre", ni separados y feos los dientes. No encontraría en su hermoso rostro romántico, un solo síntoma acusador, ni el mismo señor Lombroso, con su enorme caudal de pedantería científica.

En los últimos tiempos el poeta ha trabajado con más esmero la forma de sus versos. No puede decirse de él todavía "que las abejas de Tesalia cantan rumorosamente entre sus labios de oro", pero su estrofa, que antes era dura, es ahora sonora y melódica, su frase es pulcra y correcta, y han

desaparecido en ellas las cesuras forzadas y aquella acentuación defectuosa del metro, que tanto afeaban las primeras composiciones de de las Carreras. Este es hoy uno de los pocos que saben decir cosas interesantes en una forma hermosa. Sus originalidades son siempre crueles e incisivas: surgen de pronto, en medio de una estrofa, como salta un esgrimista sobre la plancha, provocativo, audaz, con la punta del florete a la altura de los ojos, con el brazo nerviosamente tendido, pronto al ataque y a la defensa. Comprendo que, para muchas almas timoratas, sea antipático por su petulancia y su *cranerie* este muchacho imberbe en quien, los menos perspicaces y menos envidiosos, ven ya una de las futuras glorias de la literatura americana. Pero esa enorme petulancia, está sostenida por un talento también enorme, y eso la disculpa y legítima en cierto modo. Son muchos los que se atreven a decir ciertas cosas, pero son muy pocos los que saben decirlas de tan portentosa manera. Está generalizada la idea, entre nosotros, de que de las Carreras es un desequilibrio; algunos van hasta la afirmación de que sólo las duchas y la camisa de fuerza calmarían las turbulencias de su espíritu. El podría contestar como Poe: no soy un loco; soy un nervioso!... Hay quien cree que su demencia literaria (así la llaman) es la evidenciación de ciertas leyes naturales; otros, que es el resultado de los abusos de excitantes que le procuraron, como a Quincey, como a Baudelaire, una vida ficticia de deleites en paraísos artificiales. En eso hay un poco de calumnia, como en todas las apreciaciones de este bajo mundo, y tanto las extravagancias como las originalidades del poeta son más bien resultado de una premeditación malsana, engendrada durante dolorosos y tristes insomnios, que hijos de la dulce postración del espíritu producida por la morfina y el opio. Hay en los vergeles de la imagi-

nación de este poeta muchas flores ponzoñosas, pero en cambio ¡cuán hermosos son sus colores! ¡cuán raro y sutil y delicado es su perfume! Su producción entera — incluso las peores composiciones de su manera primitiva — es un continuo derroche de talento. El joven poeta es lo que llamaba Wendell Holmes “una regadora de ideas”. Las esparce sin cuidado y sin hacer economías: en su rincón solitario acuña moneda propia, con su sello personal, y la echa a rodar por el mundo, sin preocuparse del destino que lleva... ¿Es este desprendimiento un síntoma de locura? Tal vez, pero la cuestión de demencia no es en nuestros tiempos un cargo muy grave. Desde que un eminente fisiólogo descubrió que hay fronteras entre la razón y la locura, se me ha ocurrido que los que marchan valerosamente hasta la línea divisoria, para impedir una invasión de la insensatez en territorio del juicio, penetran también, sin darse cuenta de ello, en las famosas “regiones fronterizas”. Y para concluir, no encuentro, al querer definir acabadamente a este poeta niño, más que un apóstrofe: “Odu, orolige!... Oh tú, el Inquieto!”, exclamo yo también, como Drachman le ha dicho a Strindberg.

AL LECTOR

I

Largo tiempo, lector, luché con terquedad
 Sin poder conseguir la originalidad
 Y voy a ver si la hallo, al fin, en un momento
 En que no se me ocurre un solo pensamiento.
 Gigante inspiración, inspiración potente,
 Jamás habré sentido en mí, probablemente,
 Pues yo no pertenezco a la gloriosa escuela
 Del Fraile Agustiniiano y de Calixto Oyuela.
 Esto de hablar así con tan gran entusiasmo
 Al hablar de la *foule*, es sin duda un sarcasmo,
 Y, aún cuando a tí te importe un bledo mi opinión,
 Creo que entre ella están Oyuela y de León.
 Con todo, ser tan franco es para mí un pesar,
 Pues siempre lo he creído una cosa vulgar,
 Mas como tú, lector, severo y noble juez,
 Eres sin duda un bestia, un clásico tal vez,
 Si diera en emplear sutiles ironías,
 Lo puedo asegurar, no me comprenderías.
 Sin embargo, ni aún con esta claridad
 Me haré entender de tí, puesto que, a la verdad
 Eso no puede ser: es, indudablemente,
 Para tí, demasiado atroz e irreverente,
 Sólo el imaginar, el suponer probable
 Que para alguien no sea un poeta notable
 El Fraile Agustiniiano. ¿Acaso esto es posible?
 ¿El viejo clasicismo acaso es discutible?

¿Quién no se ha prosternado, humilde y compungido,
 Ante el insigne Lope? y quién, quién se ha atrevido
 A no encontrar ya ingenio al Ingenioso Hidalgo!
 ¡Qué poeta o autor que quiera valer algo
 Se atreverá a decir que ahora vale poco?
 Es necesario estar completamente loco.
 Esa monstruosidad pudo haberse creído
 Pero nunca se ha oído,
 Y si alguien fué a decirla, al punto enmudeció.
 Y lo que nadie dijo ¿he de decirlo yo?
 Me atreveré a firmar tan increíbles cosas?
 Si: sin duda me atrevo a tamaña impiedad.
 (Adivinando estoy sonrisas desdeñosas
 De superioridad).

II

Me ha dado por creer que es bastante inferior
 A un hombre que se expresa hablando, un escritor,
 Aunque éste pueda ser de tal naturaleza
 Que nos haga saber, como Juan de Dios Peza,
 Con gran tranquilidad de estilo, lo que pasa
 Dentro de su cerebro y dentro de su casa;
 Aunque en ellos, lector (decirlo es necesario)
 Nunca se vió pasar nada de extraordinario.
 Mas volvamos al tema: Es inferior, repito,
 Al pensamiento hablado el pensamiento escrito,
 Pues el destino quiso, a los vates adverso,
 Que nos fuera imposible hacer reír el verso...
 Al meditar ahora en esta deficiencia
 De la pluma, me agita una viva impaciencia.
 Como es de suponer yo no espero que el cielo
 Me la llegue a calmar; pero, en cambio, en el suelo
 Doy un gran puntapié...
 Y una cuestión sobre arte
 Se me ocurre, lector, y, a riesgo de cansarte

Con lo que en nada atañe a tus muchos quehaceres,
De esa grave cuestión hablemos, si tu quieres:

Veamos: sé imparcial:

La palabra brutal

(Puntapié) que he empleado ¿acaso ha producido

Mal efecto en tu oído?...

Mas tú la olvidarás, abrigo esa esperanza,

Pues ¡qué diablo! lector, estamos en confianza

Y ese mismo expediente, aunque no lo ha contado,

El mismo de León debe haberlo empleado

En algún fatigoso y maldecido instante

En que le era imposible hallar un consonante.

Tú me responderás que no, que él no ha perdido

El tiempo en recrear y halagar nuestro oído,

Y que su altiva voz, su castísimo acento,

Siempre se han dirigido a nuestro pensamiento.

Cierto es: versificar creo que nunca supo,

Y en eso hizo muy bien, tampoco yo me ocupo

De presentar la idea en esmerado engarce,

Rival no pienso ser de Gaspar Nuñez de Arce.

Pero tú, por no ser de mi misma opinión,

Te contradecirás, dirás que no hay razón

Que baste a disculpar una estrofa incorrecta,

Que ésta siempre ha de ser de estructura perfecta,

Y que, seguramente, un ripio es un cosa

Sin calificación, horrible y espantosa,

Y que abandone, en fin, la púdica poesía

Al insigne cantor del **Vértigo y María**,

Al poeta genial, que, si alza al Padre Eterno

Su canción, y abomina al grande Dios moderno.

Sólo es porque ese Dios clásico a quien alaba

Cabe mucho mejor que el otro en una octava.

Mas, si ofendo, lector, las creencias antiguas,

No respeto las de hoy. Todas, grandes o exiguas,

Siempre me harán reír. Mi fe, mi religión,

Nunca dependerán más que de la ocasión:

Si llego a concebir acaso un pensamiento

Que le acomode a Dios, soy espiritualista.

Pero si se me ocurre otro opuesto, al momento

Olvido el ideal, y soy materialista.

Si insulto al Padre Eterno, en seguida, con creces,

Lo alabo por cuestión de un adjetivo hermoso,

Aunque es cierto también que las más de las veces

Soy de un esceptismo implacable y odioso.

Mas, como he dicho ya, nunca habrá, en mi intelecto,

Nada que tenga tanta y tanta persistencia

Que yo no sacrifique al punto, sin conciencia,

Si para ello encontrara una frase de efecto.

III

Como el náufrago pierde una y otra esperanza

De salvación, al ver que huyen en lontananza

Una nave tras otra, a cada frase mía,

Lector, tú pierdes la... pero aquí necesito

Un término ¡morbleu! que a esperanza equivalga

Puesto que ya una vez éste se encuentra escrito

Y es malo repetir; mas no creo que valga

La pena de buscarlo... En fin, si es necesario

Puedes irlo a buscar, lector, al Diccionario.

Comprendo que estarás bastante sorprendido

Al ver que no he querido

Cometer a tu vista una repetición,

Yo, que, como ya he dicho, uso poca atención

Y esmero al escribir, cosa que no me pesa:

Mi Musa no ha tenido institutriz inglesa.

Aunque tú pensarás tal vez que he rebuscado

Mucho, esta negligencia, este deshilachado

Estilo con que tejo

Una poesía que hago en frente del espejo...

Pero, para pensar todo esto, ciertamente,

Es necesario ser bastante inteligente,

Y como tú, lector... mas, debo confesar

Que no sé cómo aún me puedes soportar.
 Yo te ofendo, te insulto y canso tu paciencia
 Hasta no poder más, pues llega mi insolencia
 Al punto de obligarte a andar así, de un modo
 Bien injustificable, indigno, sobre todo,
 De tu severidad y de tu buen criterio,
 Pues ¡qué diablo! lector, tú eres un hombre serio!
 Y no se debe hallar entre tus aficiones
 Por cierto, la de andar sin rumbo, a tropezones...
 Esto de andar así, desde que era muchacho
 Ha sido mi costumbre, y cuando estoy borracho
 Acostumbro a coger del brazo a algún amigo
 A quien llevo a vagar y a fantasear conmigo.
 Hoy no he hallado ninguno, y como mi manía
 Persiste, te he elegido a ti por compañía.
 Sin embargo, lector, pese a nuestra amistad,
 No has de tener en mí mucha seguridad
 Pues reflexionarás que me sirves de apoyo
 Y que puedes concluir en medio del arroyo...

Comprendo que tu espanto

Es cada vez mayor; pero no hay para tanto.
 Muchas cosas aún te falta conocer:
 Debes acostumbrarte a leer y a beber.
 Aunque comprendo bien que estas costumbres rudas
 No se avienen contigo; estoy viendo que sudas...
 Detengámonos, pues, si tanto te exaspera,
 Volvamos a tomar, lector, la carretera.

IV

Resumo que estarás mustio y malhumorado
 Como todo burgués que se viera obligado
 A cometer un acto indigno, inconveniente,

Delante de la gente.

Sin embargo, lector,

Tratando de adoptar un aire protector,
 De nuevo me dirás que olvide esta tarea

Pesada, de escribir, pues, aunque no lo crea,
 Mis versos ciertamente apenas vivirán:
 Al punto de nacer desaparecerán.
 Siendo así, de seguro, es mejor que no escriba...
 Mas no: que un argumento eso no puede ser:
 Hay dos modos, lector, de desaparecer:
 Yéndose muy abajo o demasiado arriba.
 Mas lo que creo que hay, lo que hay en realidad,
 Es que yo no poseo aún bastante edad
 Para tener talento (1). Es preciso que crezca
 Y que me desarrolle, acaso que envejezca,
 Pues hay un mal destino, un horrible destino
 Que a los poetas hace asemejarse al vino.
 Sobre todo, lector es preciso que muera.

Es la única manera

Segura de obtener la gloria por que lucho.
 Pero antes es preciso haber escrito mucho.
 Se comprende que es triste esto de estar forzado
 A comprar con la muerte el genio tan deseado,
 Sin embargo es así, y es algo indiscutible,
 Pues ¿quién puede tener como cosa posible
 Que un hombre con quien se habla y que a cada momento
 se encuentra por la calle, ha de tener talento?

Con el dolor sucede algo muy semejante:
 ¿Quién puede suponer, ni aún por un instante,
 Que un poeta que bebe y ríe y se divierte,
 Pueda sufrir, llorar, y hasta desear la muerte?

Olvidaron, lector, decir las biografías
 Que, a pesar de sufrir, Byron y muchos otros,
 Sentábanse también, lo mismo que nosotros,
 Vulgarmente, a comer, casi todos los días
 Por lo menos. En fin (tampoco esto está escrito)
 Creo que alguna vez tendrían apetito.

(1) 21 años.

Con todo, es una idea, una excelente idea,
 Que no siempre el dolor del poeta se crea,
 Puesto que, en realidad, hay mucho de fingido
 En el triste cantor del ideal perdido.
 Y, además, es preciso un inmenso talento
 Para dar juventud al viejo sufrimiento.
 En este siglo enfermo, enfermo y decadente,
 Hay sed de original, un anhelo malsano
 Por todo lo que es nuevo, y, desgraciadamente,
 No hay nada tan vulgar como el dolor humano.
 Aquél que por llorar un infinito duelo
 Se imagina con genio, y se cree poeta,
 Deje ya de cantar su gran pena secreta,
 Deje ya de imprecicar a la tierra y al cielo,
 Deje ya de decir que está meditabundo,
 Que ha perdido la fe, pues, ahora como antes,
 Con mucha indiferencia ha contemplado el mundo
 Un dolor expresado en malos consonantes.
 Nuestra época, además, desprecia el aparato,
 Ella quiere más bien lo cómodo y barata,
 Ella es sin discusión una época sencilla;
 Pasó el tiempo en que un rey se sentaba en un trono,
 Hoy hay un presidente, éste ocupa una silla,
 Y sufrir, ciertamente, es de pésimo tono.
 El eterno dolor, el sufrimiento eterno,
 No se halla en relación con el traje moderno
 Tan sencillo y severo. Además, es mirado
 Por la turba social, rígida y altanera,
 Como una impertinencia: un gentleman cualquiera
 Que sufre en un salón, es un mal educado.

Mas yo sufro también y mi alma está afligida
 Por una infinidad de heridas incurables:
 Tengo penas de amor, males insoportables,
 Unidos al spleen natural de la vida,
 Y hasta me olvidaré de conquistar la gloria
 A causa de una falta eterna de memoria

Que muy difícil me hace el trato de los hombres,
 Pues olvido, lector, sus rostros y sus nombres.
 Se pierden y se van mis mejores ideas

Y aun cuando no lo creas,

Hasta olvido cerrar

Paréntesis, así también como al pasar
 Por un sitio cualquiera, en más de una ocasión,
 Dejo la puerta abierta... Esto es grave, alarmante.
 Me he hecho reconocer con prolija atención:
 Los médicos me han dicho, al fin, que estoy bastante,
 Pero bastante mal, muy débil, neurasténico...
 Oyendo esto quedé por mi Musa intranquilo,
 Mas la ciencia, lector, me ha prescripto el arsénico
 Para vigorizar el cuerpo y el estilo,
 Entonar esta Musa enfermiza y bohemia
 E impedir que llegase hasta el papel la anemia.
 Tratando de concluir y completar la cura,

Y hacerla más segura,

Me he hecho dar además varias aplicaciones
 De licor cerebral en forma de inyecciones.
 Mi amigo Vaz Ferreira (al cual he dedicado
 Este libro, y con quien hace tiempo he pactado

Que nos dedicaremos

Todo lo que sin duda alguna escribiremos)
 Creía que el licor de Brown Sequard me hiciera
 Buen efecto, llegando a curar mis gastados

Nervios debilitados,

Dándoles energía, y que me corrigiera
 De esta pasión fatal, crónica y persistente,
 Viniéndome a curar de ella, accidentalmente.
 Mas empiezo a dudar de obtener resultado
 Con el tal tratamiento. Aún no he experimentado,
 Lo puedo asegurar, ninguna mejoría.

Aunque la culpa es mía

Pues suelo cometer excesos a menudo,
 Excesos de aplastar aún a otro más rudo.
 Además de beber, cosa que no está bien,

Otros vicios, lector, me dominan también:
 El juego, la mujer... Confieso sin rubor
 Que en ella la mitad se va de mi vigor.
 Sí, la amo inmensamente, aunque no la idealizo.
 No me parece bien que se cante su hechizo,
 Aunque no negaré que suelo hacer poesías
 Debiendo a la mujer esas inspiraciones,
 Mas no canto jamás necias adoraciones,
 Y no es cosa además que haga todos los días.
 Cuando canto al amor es por lo general
 Sólo para reír del poético mal.
 No soy en realidad un poeta amorio
 Aunque al género tuve, es cierto, un gran cariño
 En un tiempo fugaz, muy breve y transitorio,
 En que escribí, lector, lo que leí de niño.
 La afición amoriosa en mí no echó raíces,
 Y nunca cantaré ni a Lauras ni a Beatrices.
 Los cantores de amor, esos destiladores
 De esencia de ideal, pocos consumidores
 Tienen en nuestro tiempo, y yo mucha ansiedad
 Siento por obtener la popularidad.
 Yo no creo, lector, que a este siglo le importe
 Ver que públicamente hay quien hace la corte
 En verso a la mujer. De eso se ríe el mundo.
 Yo sé que exclamarás ¡qué grandes disparates!
 Mas no ha de producir mi talento profundo
 Libros para exponer en los escaparates
 De las modistas. Sí, pienso que no sería
 Eso digno de mí, de mi filosofía,
 Pues creo que el amor, que el amor, en verdad,
 Siempre ha sido, tan sólo, una necesidad.
 Y que, en cantarla, pues, pongamos nuestro empeño
 Pintándolo muy bello y muy grande, infinito,
 Es lo mismo, lector, que hacer versos al sueño
 O adorar al vermuth, cantando al apetito.
 Con todo, te diré: de este punto de vista
 No me parece mal que se inspire el artista

En la mujer, pues ya no es el vate anticuado,
 El poeta idealista ante el cual tú te postras,
 Es Lorenzo Stecchetti, un vate equilibrado:
 Ha cantado al amor, y ha cantado a las ostras.

Pero yo soy sin duda un gran impertinente
 Del todo inaguantable. Hablando seriamente:

Creo que el vate erótico

Poco tiene que hacer en el siglo neurótico.
 Nos cansa su dolor, falso y almidonado,
 Y su eterna canción de eterno enamorado
 No basta a iluminar los horizontes yermos
 De nuestra fantasía, y los nervios enfermos
 No basta a sacudir toda su dicha plácida
 Pues queremos más bien sentirnos la boca ácida.
 Pasaron la ilusión y los sueños felices
 De casta sencillez que canta el viejo luth:
 Queremos la emoción de variados matices:
 Para comer y amar es preciso el vermuth.
 Hoy ha muerto Virgilio, el ruiseñor canoro,

El poeta sonriente

De la pasada edad, y son las cuerdas de oro
 Del antiguo laúd, de cerda, simplemente
 El humo de la fragua y del taller moderno
 Alzándose hasta el cielo en negras espirales
 Ha ido a oscurecer su hermoso azul eterno,
 Favorita mansión de los sentimentales
 Poetas del pasado. Es pues muy conveniente
 Que se deje, por fin, en la hora presente,
 De cantar al amor, pues cuánto menos vano,

Pues cuánto más notable

Es, sin duda, pensar que, estando el rostro humano
 Hecho, sin excepción, de un número invariable
 De partes, es posible hallar todos los días
 Tanta diversidad en las fisonomías!...

Mas noto que no puedo hablar con seriedad;
 Esto es seguramente una calamidad
 Y por más de un motivo estarás indignado,
 Lector, bien lo comprendo. ¡Es horrible! yo he hablado
 De la mujer, empleando una descortesía
 Tan grande, que, confieso, es mucha mi osadía.
 Tú tienes una esposa, una hermana... yo mismo,
 Sí, yo mismo, a pesar del colmo de cinismo
 Con que el lenguaje usado ante ti me presenta
 Por lo menos tendré, ¡qué diablo! una parienta
 Lejana, que me obligue acaso a arrepentirme
 De esa abominación y me haga desdecirme.
 Pero no es esto todo. He tenido, además,
 (Y no creo que pueda ahora volverme atrás)
 La ocurrencia de usar hasta una voz francesa
 Que intento trasplantar a esta lengua burguesa
 Que se llama español. Aún yo soy ignorado,
 Y por esto, tal vez, no seré delatado
 A la Santa Academia. Es, por cierto, ultrajante
 Este capricho loco, impío, extravagante,
 De prescindir así de nuestro Diccionario,
 ¡Del Diccionario! mas, por revolucionario
 Que yo demuestre ser y sea en mi poesía,
 No negaré un momento
 Que sea el Diccionario un noble monumento,
 Muy grande y respetable, y que nadie querría
 Llegar a recibir por cierto en la cabeza;
 Pero siempre he tenido y tendré una rareza,
 La rareza de ser bastante indiferente
 A mucho que respeta y venera la gente.
 Siempre hago mi capricho, en amor como en arte:
 En este gran festín del mundo, como aparte.

Tú añadirás aquí, que te asombra infinito
 Oír que para amar y tener apetito
 Se precisa excitante. Es una gran mentira.
 Yo me encuentro embriagado y mi mente delira,

Pues sin duda, lector, tú nunca has precisado
 Ni bitter ni vermouth. Has comido, has amado
 Perfectamente bien, siempre a la misma hora,
 Y no puedes quejarte, al menos hasta ahora.
 Además, yo te he hablado hace pocos momentos
 De una inmensa pasión, de amorosos tormentos,
 Y no comprendes cómo, en esa extenuación
 Que pinto, he concebido esta fuerte pasión...

Te diré la verdad: cierto es, mucho he sufrido;
 Nada puede igualar lo que yo padecía.
 Corta, para olvidar, la vida yo he creído.
 Sin embargo, para ello, ¡oh sorpresa la mía!
 Ha sido lo bastante extensa esta poesía.

V

He hecho ya conocer las malas condiciones
 En que estoy de salud, y temo por lo tanto
 Se pueda resentir del general quebranto
 No ya la calidad de mis inspiraciones
 Sino la cantidad. Así es que mi talento
 Nunca podrá, por eso, aunque mucho lo siento,
 Llegar a producir bastante, y prodigarse
 Como deseo. Sé que puede condensarse
 Muchísimo, sin duda, en la corta extensión
 De una estrofa genial, hecha a una alta presión,
 Mas lo que a mí me causa un asombro profundo
 Es el gran productor, el obrero fecundo.
 ¿Quién puede comparar, lector, ni por asomos
 A lord Byron con Hugo? Este sí tiene peso:
 El peso natural, más el de ochenta tomos.
 Pensar que un hombre solo ha creado todo eso!...
 He ahí lo que yo llamo
 Tener talento, genio. Ante esa prodigiosa
 Producción, es que exclamo
 Casi hasta con espanto y con terror: ¡qué cosa

Bárbara es el cerebro! . . . Y resulta más grave
La cuestión, al pensar, al comprender que cabe
Suponer que el poeta, el hombre que ha lanzado
Al mundo tan brutal montón de creaciones,

Podría haber llegado
Tal vez, hasta idear las encuadernaciones! . . .

A menudo me digo ¡oh! si también pudiera
Yo llegar a escribir, a echar de esa manera
Obras de la cabeza! ¡Oh! si hiciera la hazaña
De levantar, de erguir una inmensa montaña
De libros, sea en prosa, en verso libre o rima,
Para poder, lector, después, pararme encima!
En días de trabajo enérgico, obstinado,
En que conmigo mismo estoy reconciliado,
Me creo muy capaz de ser fuerte, y poder
Hallar para un cajón grande de libros, tema.
Al encontrarme así concibo una suprema
Esperanza, y me tiento el brazo; pero al ver
Que apenas tengo en él un proyecto de músculo,
No me siento capaz ni de hacer un opúsculo.
Tú te fastidiarás, me dirás que estoy loco
Del todo, pues a ti te gusta bueno y poco,
Pero esto no es extraño: en todo diferimos,

Jamás nos comprendimos,
Y aún cuando amontonemos,
Palabras sin cesar, no nos comprenderemos.
Empiezas tú por ser un ferviente católico
Romano y apostólico,

Y yo soy un malvado, un eterno burlón,
Que todo satirizo, hasta la religión.
A mí nada me impone y nada me gobierna,
Y tú crees, lector, en la moral eterna. . .
Si algo empiezas a hacer, será por el principio,
Y yo por cualquier parte. A ti te espanta un ripio,
Yo aquí habré puesto cien. . . Por más diversidad,
Yo me hallo muy allá de la vulgaridad

Y tú te encuentras dentro.
Tú sientes además colocado tu centro
De gravedad muy bajo, y, sólido, por tanto
Te encuentras en la vida. Estás firme y tranquilo,
Mientras que yo entretanto

Lo tengo muy arriba y fácilmente oscilo.
A mí me causa spleen la poesía burguesa
Que tú sueles, tal vez, leer de sobremesa
Junto con tu mujer, saludable y rolliza,
Y tú te sientes mal con los gestos irónicos
De mi Musa sin fe, de mi Musa enfermiza,
Gastada y sin vigor, que necesita tónicos.

VI

Para mí siempre ha sido un difícil problema
La cuestión de escribir, por la falta de tema,
Original, se entiende, aunque no lo he extrañado
Mucho, pues sé muy bien que todo está agotado
No lo digo, lector, por hacer de ello alarde,
Pero, para mi mal, al mundo vine tarde.
Tan tarde vine que (mi suerte es bien terrible),

Ni siquiera es posible
Que así lo exprese ante él, puesto que plagiaría
A Alfredo de Musset, quien ha venido al menos
A tiempo de decirlo. . . Aunque hemos decidido
Que no hay que respetar ahora los ajenos
Pensamientos. Del propio hasta hemos prescindido,
Y la literatura es hoy como una hiedra
Parásita que vive a expensas del pasado,
Pero ¡qué hacer! ¡qué hacer! si el asunto ha mermado
Como el calor central, como el carbón de piedra!
Tú lo comprenderás: es cierto, algo exagero,
Mas también en el fondo hay algo verdadero.
Pensando de este modo, una gran novedad
Imaginé, buscando originalidad:
Me propuse escribir, así, sin decir nada

De nada, en un momento en el cual, justamente
 Nada se me ocurría. Ignoro si realmente
 Lo pude conseguir... pero cuanto aquí he dicho
 Sólo es falsa modestia, es un puro capricho.

Acaso encontrarás,
 Lector, que no es así, tal vez tú me dirás
 Con tu aire protector, que has hojeado **Poesía**,

El libro que hice un día
 Y se vendió tan mal,
 Que en él no manifiesto expresión personal,
 Y que mis versos van de este al otro poeta
 Sin encontrar jamás una forma concreta.
 Pero aún cuando así fuera ¿acaso no podría
 Afirmar ante ti que la culpa no es mía?
 Diría sin rubor que el culpable sólo es
 El Destino, volviendo a decir que he venido
 Bastante tarde al mundo, y por tanto, después
 De mis modelos; que esto es lo que me ha perdido;
 Pues si por un azar hubiera yo llegado
 Antes, no hay que dudar, me hubieran imitado
 Los poetas a mí...

Te veo enfurecer, dirás que imitación
 Ya no es esto, y que plagio al señor de Caylli (1)
 A quien he ido a robar su audaz inspiración;
 Pero calma ese acento, ese acento indignado,
 Pues el mismo Caylli, lector, me ha disculpado.

VII

Y volviendo a **Poesía**,
 La primera obra mía,

(1) Dis-je quelque chose assez belle?
 L'antiquité tout en cervelle,
 Me dit: je l'ai dit avant toi:
 c'est une plaisante donzelle!
 Que me venoit elle après moi
 j'aurai dis la chose avant elle.

No trato de negar que antes yo me encontraba
 Entre los que han formado en el Romanticismo
 Y por tanto gustaba
 De cantar al azul, a la noche, al abismo...
 Del cielo iba a la tierra, y de la tierra al cielo,
 Aunque esto no es en mí, por cierto, sorprendente,
 Pues tengo la locura en las alas y vuelo
 Desatinadamente.

Un amigo, lector, me había comparado
 A un pájaro caudal, grande, aunque mutilado,
 De ala y media no más. Yo era, pues, y sería
 Siempre, un gran torbellino, y nunca lograría
 Hallar el equilibrio, andando a tropezones
 Con todo cuanto existe, y dejando girones
 De carne en cada cumbre.

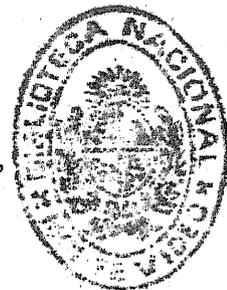
Pero ya no tendrán tan grande pesadumbre
 Mis amigos. Por fin dejé el romanticismo.
 Alfredo de Musset también hizo lo mismo.

En el tiempo de que hablo
 Yo pensaba escribir un poema del diablo,
 Inmenso, colosal. No se hallaría modo
 De poder superarlo, o de hallarle un defecto.
 Llevaría, además, un título de efecto:
 Pensaba titularlo: **El Problema de Todo**.
 Empresa tan genial tenía una parienta,
 Pues era mi proyecto

Bastante parecido al que Dupont le cuenta
 A Durand. Yo no sé si sabrás quienes son
 Esos señores... Mas, dejemos la cuestión.

VIII

Como lo he dicho ya, me daba el neurosismo
 Un tiempo, por hacer cosas de gran lirismo,
 Locas, exageradas.
 Y hablaba del tumulto inmenso, subterráneo,



De ideas en tropel, que golpeaban mi cráneo,
 Ansiosas de volar, como aves encerradas.
 Me encontraba, lector, bajo un terrible yugo.
 Toda una insolación tomé de Victor Hugo.
 Y mi imaginación, calentada hasta el rojo,
 Se lanzaba a buscar con temerario arrojo
 Algo con que construir edificios gigantes:
 La Civilización, el Trabajo, el Progreso,
 Me ofrecían asunto, y cantaba a todo eso,
 Soñando sin cesar con cumbres y con Dantes!
 Pero pronto encontré todo esto muy vacío,
 Todo esto me causaba un infinito hastío.
 Y entonces decidí dejarme de problemas,
 Y lanzarme a la escena en vez de hacer poemas.
 Este era un pensamiento inteligente, creo,
 El drama agrada mucho, aquí, en Montevideo,
 A él, pues, dedicaría esta existencia artista
 Tratando de abordar el género realista.
 Así es que me hallé pronto ideando una trama,
 Y sin duda tenía asunto para un drama,
 Para un drama feliz, que no hallaría símil
 Tampoco; bien llevado, exacto, verosímil.
 Me hallaba satisfecho, y, como es natural,
 De una obra tan notable era yo el principal

Personaje, y no hacía

Siempre, más que pensar en el dichoso día
 En que me aplaudiría una gran sala llena,
 Mirándome a mí mismo andar sobre la escena.

Contaré el argumento: En el acto primero
 Ya he hecho mi aparición, erguido en cuerpo entero,
 Con dos amigos más. Y recuerdo recién
 Que uno era Vaz Ferreira; el otro, no se quién.
 En este acto sin duda habría una ovación
 Pues pensaba causar profunda sensación

Mostrando la manera

Chic con que sé tomar una gran borrachera

Entre una y otra frase ingeniosa. Bebían
 Mis amigos también, aunque más moderados,
 Y al verme emborrachar así, se entristecían
 Con aire superior de hombres equilibrados.
 Mis amigos, lector, deseaban convencerme
 De que yo hacía mal, muy mal, y detenerme;

Pero yo continuaba,

(Y puedo asegurar que el relato es exacto)

Hasta que al fin rodaba

Debajo de la mesa. Esto era el primer acto.

En el acto segundo he debido entregarme
 A una idea fatal, y acabo de encontrarme
 Con un íntimo amigo a quien he ido a buscar
 Con la noble intención de pedirle quisiera
 Escribir sobre mí, si acaso a consumir
 Yo llegara mi muerte. Esta era una manera
 Fatua de suicidarse, era algo muy ridículo;
 Sin embargo, lector, se me ofrece el artículo.
 Me voy, y cinco o seis amigos aparecen.
 Siéndoles referido el caso, se estremecen
 Algunos con temor. Se pregunta el motivo
 De mi resolución, con interés muy vivo.
 Mas nadie sabe nada. Alguien llega a decir,
 Sin embargo, que quiero olvidar y morir
 Por encontrarme enfermo, ¡enfermo de la médula!
 Mas no falta tampoco alguna voz incrédula
 Que se atreve a negar que acaso en ese instante
 Yo me pueda encontrar tendido, agonizante...
 Aquí el articulista afirma a la reunión
 Que no he manifestado una resolución
 Completa de morir... Se ven caras dispuestas
 A una gran aflicción, bastantes a reír.
 Y entonces todo el mundo empieza a discutir:
 ¡Se mata! ¡No se mata! Y se cruzan apuestas
 Resultando al final una escena muy viva.
 Y desciende el telón sobre la expectativa.

Pero al fin no concluí tan magnífico drama
 Por encontrar la trama
 Demasiado sencilla. Era muy descarnado.
 Al público, tal vez, habría disgustado.
 Entonces resolví no ir a empeñarme en luchas
 Con su grave entidad, hasta que concibiera
 Un drama que tuviera,
 Como es de precisión, muchos actos, con muchas
 Escenas...

Me encontraba en ésto justamente
 Cuando ayer, de repente.
 He venido a tener la idea caprichosa
 De probarte, lector, que así como un cantante
 Altivo y arrogante,
 Que sostiene una nota alada, victoriosa.
 Yo también sostendría.
 Una gran carcajada en forma de poesía!

Y me estoy encontrando ahora en un momento
 De esos en que creo un prodigio, un portento
 De fuerza y voluntad; así es que, si no trunca
 La suerte mi existencia,

Tratarás de tener un poco de paciencia:
 Mi poesía, lector, no ha de acabarse nunca,
 Y te ha de importunar, por tanto, eternamente
 Apareciendo a luz de un modo intermitente.

Se comprende muy bien que haremos un convenio:
 Tú me habrás de leer... Mas, comprendo que en vano
 Me he de reír de tí: tienes menos ingenio
 Del que se necesita... Eres un hombre sano.
 Sumamente incapaz de comprender la mofa,
 El talento, el sprit de una burlona estrofa
 Que riera al citar los nombres venerados
 De poetas laureados
 O clásicos. Lo sé desde el primer momento.
 Sin embargo he sentido,

Acaso distraído,
 No poder conseguir ese refinamiento,
 El cual me hubiera ahorrado el tiempo y la molestia
 De hablar de Juan de Dios y de llamarte bestia.
 Pero de lo que estoy bastante fastidiado
 Ahora precisamente, es de haberme burlado.
 De los clásicos, pues, (y esto es algo muy cierto)
 Basta para morir hablar de lo que ha muerto.
 Yo no me expreso así por un odio vulgar.
 Soy un hombre de bien y acostumbro a admirar
 Cuanto creo admirable. Además, lo he dicho antes,
 No tengo idea fija. Así es que, por instantes,
 Dado mi eclecticismo ingenioso y perfecto,
 A de León también mi Musa seguiría
 Si me fuera posible hallar un solo efecto
 Escribiendo también como aquel escribía.
 Mas, por lo que expliqué, dejaré de ocuparme
 De muertos... Pero no, puesto que existe España.
 España existe aún... puedo, pues, consolarme,
 Y volver a reír, mi risa es una hazaña!

IX

Furioso, con mal modo,
 Tú te dirás, lector, si no tengo criterio,
 En realidad, si el juicio he perdido del todo,
 Que si hablo en serio. Sí, lector... cuanto más serio
 Más broma... Pero, en fin, dirás: ¿en qué quedamos?
 Lector, en lo que quieras,
 Pues de todas maneras...
 Pero tú insistirás diciendo: ¡resolvamos!
 ¿Es que aún quieres burlarte
 Del público y de mí, tú, que insultas al arte,
 Tú, que insultas...

Mas creo, estoy casi seguro
 De que lo que produce en tí esa irritación,
 Haciéndote mostrar un carácter tan duro,
 Es debido, sin duda, en parte, a esta afición

Que profeso a escribir en verso alejandrino.
Escribir en tal metro es un gran desatino
A tu juicio. Ese metro, ese metro no suena,
Gritas a boca llena.

¡Cómo no ha de sonar, lector! Pero contigo
Quiero reconciliarme, aspiro a ser tu amigo,
A ser muy celebrado, a recibir honores,
Coronas de laurel y tapices de flores,
Aplausos y de cuando en cuando algun banquete,
Aspiro a escribir mucho, a que se me respete,
A ser una gran poeta y tener editores!
Pero, para arribar a la cimas del arte,
Es preciso que ponga un poco de mi parte
Y yo no sé que hacer, de veras, ya no acudo
A Dios, pues sé muy bien que Dios es sordo-mudo.
Me imagino, lector, que lo mejor sería
Mudar de inspiración, quemar esta poesía,
Tratar de aparecer algo menos neurótico
Y convertirme acaso en poeta patriótico.
Yo siento por mi patria un infinito amor
Sin principio ni fin. Sin embargo, lector,

Creo que el patriotismo
Nunca pasó de ser un convencionalismo.

Comprendo que hago mal
En hablar de este modo en un sitio en el cual
De seguro, lector, no entienden de Progreso,
Y no cantan más que a eso,

Sin embargo, por ser algo convencional,
No es bastante razón para que yo no recibiera
A la Musa de aquí, para que yo no escribiera
De su canto viril, las estrofas triunfales,
Pues las Musas, lector, son muy convencionales
En general. A más, a todas creo bellas;
Son damas de talento alegres o sombrías
A quienes se permite extrañas fantasías
Dado el carácter vago y nebuloso de ellas.

Así es que te equivocas,

Lector, si tú me acusas
De tener solamente unas ideas locas.
A convencerte de ello acaso te rehusas...
Pero ¿qué hacer? ¿qué hacer? si la Musa potente
De la patria no vino a acariciar mi frente
Ni en mis noches, lector, más pobladas de Musas?

Mas, lo que a tí te causa una contrariedad
Verdadera, es mi grande, inmensa vanidad.
A ella debo, tal vez, que tú nunca me leas
Aún cuando yo conciba espléndidas ideas.
Y ahora mismo, por eso, acaso me has dejado
Y estoy hablando solo. Esto es bien desairado.
Pero la vanidad, lector, resulta un mal
Perdonable, por ser bastante universal.
Es un mal de la especie y que todos tenemos
Y al que mucho debemos

De nuestro malestar. Siempre aquí se ha creído
Que la tierra es visible en la noche estrellada;
La humanidad, lector, aún no se ha convencido
En el fondo, de que ésta es una idea errada,
Y de que es invisible entre la inmensidad
Augusta del azul. La naturalidad
Del sol que resplandece en medio a una agonía
Cualquiera, nos parece una amarga ironía,

Un insulto, y nos damos
Por ofendidos. Dios, entanto, escondido
Quién sabe dónde, ríe, encuentra divertido
Y chistoso este mundo al que todos tomamos
En serio, y en el cual, con trabajo y por partes,
Hemos creado al fin las ciencias y las artes,
Cosas todas muy bellas.

El mismo Dios, tal vez, no sabe ciertamente
Lo que hay en sus estrellas.
Mas se ha tratado aquí, sabia y prolijamente,
De saber si también son mundos habitados,

Semejantes al nuestro, activos, ordenados. . .
 Aunque el eterno estigma
 De eterna tontería en la frente llevemos
 Tal vez no dejaremos
 Nunca de importunar sin descanso al enigma.

X

Dada mi vanidad, y dado este maldito
 Amor propio que tengo, un dolor infinito
 Me atormenta al pensar que yo soy literato,
 Pues, a más de ser este un oficio algo ingrato,
 No es la literatura
 Lo más grande y más bello y más hondo. A fe mía,
 Siento que no me dé por la filosofía,
 Que se encuentra, yo creo, a mucha más altura.
 Cierto es que no se ven las cumbres desde lo alto
 Y que el globo resulta un plano, un plano liso,
 Si la imaginación consigue dar un salto
 Para mirar, lector, desde el último piso.
 Mas lo que más me aflige a mí que soy poeta,
 Es, sin duda, pensar que el libro más hermoso,
 Aún el más inmortal, más grande y más precioso,
 Apenas vivirá la vida del planeta.
 Lo más triste del caso es que los pensadores
 Nos dicen hoy que el verso ha muerto en general.
 Que ahora representa únicamente un mal
 Literario, y que, en fin, deben los escritores
 Dejarse de hacer música. Es ridículo
 Esto de hablar así, con ritmo, con cadencia,
 Es una tontería, es una impertinencia.
 No se debe extrañar que al pasar un vehículo
 Se ahogue nuestra voz. Hoy declara el Progreso
 Que la poesía es necia. Está seguro de eso.
 Y es inútil, pensar en discutir la cosa.
 Es algo ya resuelto. Hoy el mundo habla en prosa.

En fin, para que el genio obtenga la sanción
 Popular y reciba entera aprobación,
 Debe andar a la moda. Un espléndido traje
 Se construía el poeta, un traje fantasía,
 Deslumbrante de lujo, adornado de encaje.
 Radiante de color, brillante como el día.
 Mas llegan a decir los discípulos fieles
 Del siglo, que todo eso es brillo de oropeles,
 Y que el estilo, en fin, es algo que se oxida.
 Hoy la cuestión, lector, consiste en tener vida.

Como es de suponer, esto me desespera,
 Pierdo bien pronto en mí mi confianza altanera,
 Pues a eso de la vida, a eso no me avengo.
 Justamente, lector, eso es lo que no tengo.
 Aun cuando haya intentado hacer, como es sabido.
 Un gran drama moderno, un gran drama vivido.
 Y no hay como evitar tamaña pesadumbre.
 Mis versos no serán más que un montón de herrumbres!
 Haré, pues, un esfuerzo: escribiré algo en prosa
 Aun cuando me parezca, en este instante, odiosa,
 Y haré, por consiguiente, obras naturalistas.
 Pero esto a tí, yo creo, ha de sonarte mal,
 Pues debes de tener tendencias optimistas,
 Y de amar, sobre todo, el bien, el Ideal.
 Pero, voy a explicarte: El Espiritualismo
 Era un prisma engañoso, el cual descomponía
 En palabras la vida. Hoy, el positivismo,
 Que a venido a dar muerte a la filosofía,
 Ha deshecho y ha roto el mágico cristal,
 Y ya no existe, pues, ni **virtud**, ni **ideal**.
 Hoy queda, nada más, la blanca luz del día.

Mas, es vano luchar: mi argumento no vence
 Tu gran tenacidad. Por nada te convence.
 Y, con aire severo, hablas frunciendo el gesto
 De la novela nueva, un género funesto

Que ha venido a insultar la dignidad humana.
Libros sin fe, sin Dios, negros como una cima,
Que no puede entregar el hermano a la hermana,
Ni el esposo a la esposa y ni el primo a la prima.

En estas condiciones,
Yo no sé qué escribir, pierdo mis ilusiones...
Mas, la idea genial y la más acertada,
Creo que debe ser la de que no haga nada.
Pues este mundo, al fin, se ha de curar del arte,
Del arte en general, de esa inmensa neurosis.
Y cuando de su triunfo él esté en la apoteosis,
No es posible dudar, la habrá dejado aparte.

Pero acaso, lector, con este maldecido
Empeño de abultar las cosas, he mentido.
Puede que el arte sea algo más elevado,
Pues la Naturaleza, al cabo, lo ha inspirado.
Todo artista es, al fin, ya poeta o pintor,
Etcétera, plagiarlo: el sonido, el color,
La forma, el pensamiento, el concepto, la idea,
El ha robado siempre a lo que le rodea.
Aun esto, en realidad, nada quiere decir
Pues el hombre ha hecho mal y muy mal en seguir
La inspiración agena y resultar artista.
Mas yo miro, tal vez, desde un punto de vista
Algo malo, a la tierra. Acaso es más hermosa
De lo que yo la pinto, hasta hay gente dichosa.
Sin embargo no triunfo: a ello estoy condenado.
Tengo el convencimiento, el más grande y profundo.
Y así tiene que ser tratándose de un mundo
En que no sé vivir, en que estoy trasplantado.
Hace poco marchaba en un hermoso día
Por la calle, al azar. La ruidosa alegría

Del trabajo se alzaba.
Había mucho sol, mucho aire, y contemplaba
Pasar la multitud inquieta, sudorosa.
Unos la cara alegre, otros entristecida,

Pero en todos brillaba esa expresión dichosa
De los que tienen algo en qué emplear la vida.
Y me sentí de más en medio del bullicio
Que hervía bajo el sol!... Esto es un grave indicio.
Sí: la Naturaleza, esa madre del arte,
Esa madre feliz de criterio tan lógico,
Se ha equivocado en mí, pues yo soy una parte
Bien enferma de su obra, un caso patológico.
Y, por este motivo, al llegar a morir,
Supongo, con razón, que me ha de recibir
Muy mal, pues no se escapa a mi penetración
Que al verme junto a sí yo le haré la impresión
Que me suelen hacer ciertos versos mal hechos:
Frasas sin hilación, pésimas concepciones

Que encuentro en los deshechos
De mis inspiraciones.

Pero al menos tendré también la facultad
De poderme pudrir como otro hombre cualquiera,
Y, con facilidad,
La gran Naturaleza hará de otra manera
Más perfecta y dichosa, en mejores momentos,
Algún ser superior, mejor organizado,
Volviendo a combinar y a unir los elementos,
De una combinación en la cual ha fallado.

XI

Vivir! He aquí una cosa extraña como el hombre,
Que nos causa, lector, bastante pesadumbre.
Mas de vivir, tal vez, no hay nadie que se asombre:
Resulta natural a fuerza de costumbre.

Pero, habiéndome hallado
Siempre tan descontento y tan mal en la vida,
Comprendo que he debido haberme suicidado
Tiempo ha, como medida
Preventiva... Con todo, en este mismo instante

Cambio de parecer, pues, creo, con bastante
 Fundamento, que, ahora
 La muerte es muy amarga y desconsoladora.
 Allá en la antigüedad se le hacían honores,
 Y hubo un anfiteatro en que los gladiadores,
 Muriendo, al recibir la última aclamación
 Tomaban una pose, una pose elegante,
 Como si aquella muerte airosa y deslumbrante,
 De tan supremo chic, sólo fuera un telón.
 La muerte, pues, tenía una hermosa arrogancia,
 Un aire de valer, se le daba importancia.
 Pero esa gloria, hoy día, es sólo una quimera,
 Puesto que se sucumbe, hoy, de cualquier manera,
 Ante cualquier tropiezo, ante cualquier obstáculo.
 Ya no hay anfiteatro, y ya no hay gladiadores.
 Y la muerte, lector, resulta un espectáculo
 Demasiado vulgar: no tiene espectadores.

Por lo expresado, pues, iremos comprendiendo
 Que cambiar es peor. Siempre hay que hacer lo mismo.

Hay que seguir viviendo
 Esta vida fatal, fruto del egoísmo.
 Fruto de un egoísmo y de un olvido atroces.
 Pues nuestros padres nunca han de haber ignorado
 Que nuestro sufrimiento estaba destinado
 A ser, por nuestro mal, el precio de sus goces.
 Yo no quiero decir con esto que tuvieran
 Eso siempre presente, y que se detuvieran
 Pensando en el futuro, en males que vendrían.
 Eso era demasiado: aun no nos conocían.
 La que tiene la culpa es la Naturaleza.
 Testaruda fatal, que tiene en la cabeza
 Una idea tenaz: la de que es necesario
 Vivir, siempre vivir. Creo, por el contrario,
 Que la más provechosa y mejor cualidad
 Que existe en la mujer, es la esterilidad.
 Y al pensar en la vida, en ese mal que agobia

Al mundo en general, yo recuerdo una novia
 A quien dejé de amar
 Por desgracia, hace tiempo, y que neutralizar
 Pudo en mi descendencia,
 Los males de la herencia.
 Era sana, lector, hermosa y bien formada,
 Del todo equilibrada,
 Corazón puro, recto, espíritu confiado,
 Y con ella, sin duda, en felices momentos,
 Pude haberme entregado
 Al placer, sin temor y sin remordimientos.

XII

He olvidado decir que algo que me contrista
 Y me hace desmayar en mi ambición de artista,
 Es mi poca entereza.
 Yo soy un gran orgullo unido a una pereza
 Mucho más grande aún. En estas condiciones,
 Tener sobre la gloria algunas ilusiones,
 Es, indudablemente, una pésima idea,
 Pues, si va a descontarse
 De la vida de un hombre, el tiempo que éste emplea
 En descansar, pensar, vestirse, alimentarse.
 Etcétera, muy poco
 Le queda, en realidad, para inmortalizarse.
 Me he convencido, pues: dejo de ser el loco
 Soñador de hace rato. Odio por el momento
 La gloria. Y además tengo el convencimiento
 Profundo y razonado
 De la inutilidad perfecta del talento:
 Es el hombre de genio al imbécil, lo mismo
 Exactamente, que éste al hombre elevado.
 Entre los dos existe un insondable abismo;
 Pues, para que entendiese
 El imbécil al genio, es fuerza que tuviese

También inteligencia. Ahora bien: no es probable
 Que tal cosa suceda, y como en mayoría
 Se halla la estupidez, resulta indispensable,
 Para aplastarla al fin, esperar el gran día
 Del progreso futuro. Así es que el genio tiene
 Siempre que despedirse hasta el siglo que viene.

Mas ya debo concluir, y, como es muy sabido
 La gran dificultad de todo es empezar
 Y también acabar.

Pero quiero, lector, Antes de haber concluido,
 (Concluir esta poesía ahora he decidido)
 Demostrar que jamás podrá tu inteligencia

Tener la competencia,
 Que necesaria es para dar opinión .
 Sobre si yo poseo alguna inspiración.
 Por si lo ignoras tú, preciso es que describa
 La forma del infierno

De Dante (en donde mora el negro espanto eterno,
 Como en todos). Es este una especie de embudo
 Se encuentra Satanás en el fondo, y arriba
 Hay círculos sin fin que sólo Dante pudo
 Recorrer con Virgilio. El mundo intelectual
 Se puede concebir de una manera igual
 En lo que se refiere a la conformación.
 En el fondo del nuevo embudo de que hablo
 Está la estupidez situada en vez del Diablo,
 Y la respiración

Es excelente allí; pero empieza a faltar,
 Pues se enrarece el aire, al ponerse a escalar
 Círculos superiores,

Hasta que al ascender, por fin, a los mayores
 Ya se empieza a sentir la asfixia, ese violento
 Síntoma del talento.

Tú te encuentras, lector, en las bajas regiones,
 Y es ésta la razón por la cual no has podido
 Ni podrás entender nunca mis concepciones.

Por lo mismo, tampoco ahora habrás entendido
 Toda esta explicación. Preciso es que subieses
 Para ser te posible el que la comprendieses
 Mas, como para tí no es posible subir,
 Cuanto acabo, hasta aquí, de hacer y de decir,
 Es inútil. Será también inútil todo...
 Y al fin ¿cómo concluyo? Así... de cualquier modo...



EN VIAJE

Marcha el vapor... Adiós, Montevideo!
¡Europa! ¡Europa!... Mi ambición es esa!
Mas no salgo, lector, de mi sorpresa.
Va a cumplirse muy pronto mi deseo!
Voy en busca de olvido... ¡Es una empresa!
Me siento mal, sin fuerzas, con mareo...

Inesperado, como cosa mía,
En un segundo resolví mi viaje.
Me iba, sencillamente, al otro día.
Un diario dijo así: "Compró el pasaje
A las tres. Tuvo pronto el equipaje
A las cinco. A las seis se despedía!"

Pero el buque, entre tanto, retardado,
No venía... Pensé inmediatamente:
A un buque en que iré yo, naturalmente,
Alguna cosa le ha de haber pasado...
De improviso me dicen: "¡Ha encallado!"
Tenía que encallar forzosamente...

Esto me hizo un instante meditar
Pues era el incidente un mal presagio.
Recordé las tragedias de la mar.
Allí todo sucumbe! Es un contagio...
No tenía intenciones de arrostrar
Las mortales angustias de un naufragio!

Mas pensé al punto: Aunque la suerte fiera
 A su rabia el "Vittoria" sacrifique,
 ¿Qué quereis que esto a mí me signifique?
 ¿Que moriré?... Tal suerte no me espera!
 Yo no puedo morir de una manera
 Tan simple: ¡porque un buque se va a pique!

La catástrofe es grave, sin embargo.
 ¡El "Vittoria" destruído!... Me hago cargo.
 Sería algo terrible, algo violento.
 El barco es grande y el momento amargo!
 ¡Oh! qué agonía, si lo arrastra el viento
 Si lo deshace el líquido elemento,

Sumergiéndolo, alzándolo a cien codos!
 Mas aunque nadie escape al Aquilón,
 Yo, de salvarme encontraré mil modos!
 Yo siempre represento la excepción!
 Consistiría, pues mi salvación
 Precisamente en que se ahogaran todos!

Seguía en tierra. Herido por la mano
 De una mujer, me impacientaba en vano.
 Me devoraba una ansiedad inmensa
 De irme pronto, de huir al Oceano!
 No era el momento aún!... Y he aquí suspensa
 Mi partida, anunciada por la prensa.

Entre tanto al notar que pasa el día
 De mi viaje, y no marchó todavía,
 La gente empieza a hacerse comentarios.
 Que ya no me iba, aseguraban varios.
 Otros dicen que sí... Se discutía.
 Muchos exclaman: "¡Cosas de los diarios!"

Dice uno que mi marcha está resuelta.
 Pero otros piensan que aun está lejana.

¡Y así seguía la opinión revuelta!
 Hay quien llega a afirmar: "¡Se va mañana!"
 Uno grita: "¡Se va con la italiana!"
 Otros decían: "¡Es que está de vuelta!"

Ya nadie ignora en la ciudad la cosa,
 Y aun cuando muchos piensan que es mentir
 Cuando salgo a la calle se me mira.
 (La gente a mi respecto es muy curiosa,
 Y a casi todos mi persona inspira
 Una especie de burla cariñosa.)

El rostro triste, el aire extravagante
 Y el cabello en desorden, es bastante
 Para que llame la atención, y sea
 Siempre un objeto de atención constante.
 Por lo demás, se tiene mala idea
 De mis costumbres... ¡Cosas de mi aldea!

Ahora cuanto me ven se precipitan
 A hablarme, a averiguar cuando remonto
 Mi vuelo a otro país, y ya me invitan.
 Esto ya empieza a parecerme tonto
 "¿Cuándo se va?" "¿Cuándo se va?" me gritan.
 ¡Todos desean que me vaya pronto!

Muchos que no conozco van diciendo
 Con el aire y el gesto, sonriendo:
 "¡A que se queda!" "¡A que esto se le pasa!"
 Y en ello al fin ya se iba conviniendo.
 Esto agotaba mi paciencia escasa,
 Y me dispuse a no salir de casa.

Mas voy marchando ya. Mi vida empieza!
 Oh! portentosa, ¡oh! gran Naturaleza,
 Al fin mi pensamiento entumecido
 Sobre el inmenso mar se despereza!

Me siento otro hombre desde que he partido.
Pero el cielo y el mar me han aburrido...

Su rostro oculta el sol, ancho y redondo.
Adormecido el mar, casi no suena.
¿Dónde están los misterios de tu fondo?
Me causa compasión tu agua serena.
Apenas hemos visto una ballena,
Y ni siquiera me parece hondo!

Oh! mar, no tienes para mí atractivo.
Han transcurrido ya los buenos días
Del ictiosauro! Entre tus ondas frías
Ninguno de tus monstruos está vivo.
Ruedan, débiles, mustias, las bravías
Olas fieras del tiempo primitivo.

Y siempre eres el mismo, indiferente.
¿Dónde están las sirenas, las ondinas?
Mis aficiones, demasiado finas,
Quieren alguna cosa sorprendente,
Pero a mi alcance, desgraciadamente,
No tengo nada más que aves marinas!

La estación, además, es desgraciada.
No quiero calma! ¡Viajaré en invierno!
¡Oh, las tormentas de la edad pasada!...
Nunca te negaré, Progreso eterno,
Pero mi alma, neurótica, excitada,
Prefiere el mar antiguo al mar moderno!

En el desierto, en el Sahara ardiente,
Habría, por lo menos, un miraje...
Estoy peor que en tierra, es evidente!
Invariable y monótono, el paisaje
Es un telón caído. Imbécilmente
Contemplo el agua y siempre el agua... El viaje

Me parece un naufragio!... Te abomino
¡Oh mar hecho de spleen! Te hallo mezquino!
Y aun cuando tú, gran Byron, le cantaste
Yo no seré corsario ni marino!
Nunca concluye este fatal camino!
¿Dónde tierra, Colón, tú que la hallaste!

.....
.....
"El Día" - 7 Setiembre 1895.

Cuestiones Jurídicas

MI HERENCIA

(Comentario al art. 222 del Código Civil)

Tengo hace mucho tiempo un enemigo
Grande, fuerte, por todos respetado;
Implacable y feroz para conmigo,
Con todo su poder me ha fulminado
Y me encuentro, de veras, consternado
Pues me pierde, lector... Como lo digo.

¿Quién es? preguntarás: Acaso un vil
Detractor? ¿Algún crítico insolente?
¿Una mujer? ¿Tus ochocientos mil
Compatriotas? ¿El público? ¿La gente?
No. Mi enemigo es algo más potente:
Es, por desgracia, el Código Civil!

Me imagino al lector muy sorprendido
Por lo que francamente he declarado.
Pensará que me falta algún sentido...
Mas si es así, lector, te has engañado.
Estoy y estuve siempre condenado.
Yo he faltado a la ley, he delinquido!

Se me contestará seguramente,
Que si soy un malvado, un criminal.

No será mi enemigo ciertamente,
El Código Civil, sino el Penal.
Mas yo no he cometido ningún mal
Voluntario... Y la cosa es diferente.

El público está a oscuras... ¡Qué ocurrencia!
Se dirá, más que nunca sorprendido.
Mas, lo voy a sacar de su inocencia,
Con dos palabras más habrá entendido.
Es mi crimen, lector, no haber nacido
En toda regla... Y quedo sin herencia!...

Aunque no me preocupo ni me irrito
Por las impertinencias de la suerte,
Sobre este asunto, a mi pesar, medito,
Pues la pobreza es una cosa fuerte.
Mi padre ha visto aparecer la muerte
Sin hacer testamento... ¡Qué delito!

No se vaya a creer que yo pretendo
Hacer ver que no tuvo una alma honrada,
Su memoria, aunque de ello hable riendo,
Será para mí querida y respetada.
Y, si hoy ha muerto sin dejarme nada
Es porque se olvidó. Yo así lo entiendo.

Teníamos, es cierto, divergencias
De opiniones. Severo, reservado,
El siempre respetó las conveniencias,
Y era, además, político exaltado.
Firme y recto, me hubiera dedicado
Por su gusto, al comercio o a las ciencias.

Mas, yo, lleno de sueños y lirismo,
Soy un gran holgazán... Siempre lo fuí.
Y si comprendo, con un gran cinismo,
Que los demás trabajen para mí,

Aseguro que nunca concebí
Que ellos puedan también pensar lo mismo.

Sé muy bien que debiera avergonzarme
De ser así. No es cosa muy lucida.
Pero ¿qué hacer? No puedo reformarme,
Y como soy, seré toda mi vida.
Sin ideal, de condición suicida,
Suelo escribir, esto es, desperezarme,

Y no se me ha ocurrido envanecerme
Al menos hasta hoy, de contribuir
Al progreso del mundo. Mi alma duerme.
¡Oh glorioso Futuro! ¡Oh Porvenir!
Si tampoco te puedo hacer reír,
Nada, nada tendrás que agradecerme!

Pero, volviendo a la cuestión herencia:
Yo tengo las mejores intenciones...
Temo que se concluya la paciencia
Sin embargo, y no entienda de razones;
Pero ¿qué podría hacer?... Mis relaciones
Me aconsejan la calma y la prudencia.

Es un asunto serio haber nacido...
Cuando, al menos, se es hijo natural
Simple, aunque no se esté reconocido
De una manera explícita, legal,
Se puede como alivio a ese gran mal
Exigir alimentos y vestido.

Pero yo no me encuentro en ese caso
Pues en mi nacimiento hay circunstancias
Agravantes... Estoy a campo raso.
De nada sirven súplicas ni instancias,
Y a pesar de mis locas arrogancias,
No sé, en verdad, como salir del paso.

Con mi cabeza ardiente y poco cuerda
¿Cómo queréis que viva sin dinero?
No lo puedo ganar, y ni se acuerda
De tal cosa, mi espíritu ligero.
Por lo demás colocaría un cero
Lo mismo a la derecha que a la izquierda.

No sé nada de serio o de profundo
Y respecto a las cuatro operaciones
Sumo, hasta resto como todo el mundo,
Y multiplico, en fin, con aflicciones,
Mas, sólo hago sencillas divisiones
Pues por más de una cifra me confundo.

De Algebra no hay que hablarme. ¡Es demasiado!
Allá, en mis buenos tiempos de estudiante
Leí sobre el asunto un gran tratado.
Pero sólo recuerdo en este instante
Que no llevé mis cursos adelante
Por salir casi siempre reprobado.

Pero dejemos ésto. Me encontraba
Entre amigos de mucha intimidación
Hace ya algunos días. Se trataba
De mi herencia, y con toda autoridad
Hablaron del asunto. A la verdad,
Su gran parcialidad me sublevaba.

Y se entabló una fuerte discusión.
Todos eran, lector, a excepción mía,
Hijos de matrimonio, y la opinión
Fué, en general, que yo no comprendía
El objeto moral que perseguía
La ley, y que ésta obraba con razón.

Indignado, agitando las dos manos,
Abogué por los hijos naturales,

Y opuse grandes argumentos sanos
 Demostrando que en casos especiales
 La ley acarrea grandes males:
 "La división, señores entre hermanos!"

"Los Códigos", decía, "están mal hechos".
 "Son idiotas, son bestias, sus autores!"
 Mas todos sonreían satisfechos
 De su estado civil, de sus mejores
 Condiciones, como hombres superiores
 Que no pueden temer por sus derechos.

Yo continuaba: "El Código Civil
 "Con su gran fin moral está perdido.
 "Es imbécil, ¡ridículo! ¡pueril!
 "Pues ¿quién, al ir a hacer algo prohibido,
 "Recordando la ley, se ha detenido?
 "Se encontrará, tal vez, uno entre mil!

"Pero ni aun eso creo"... y proseguía
 Con un tono de broma: "¡Es evidente!
 "Nadie ha amado jamás a sangre fría.
 "No tiene el verbo amar más que Presente.
 "¿Quién piensa más allá?... Severamente
 Uno me respondió: "yo pensaría".

Lo cierto es que estoy mal. Como se sabe,
 Me encuentro pobre, triste, abandonado,
 Y aun cuando se me elogia y se me alabe,
 La austera sociedad me ha condenado,
 Pues al fin represento un atentado
 A las buenas costumbres. Esto es grave!

Pero no creo ni por un momento,
 Que ser bastardo sea denigrante.
 Al contrario, me encuentro muy contento
 Por ello. Me parece interesante,

Original, feliz, ¡hasta elegante!
 Te lo digo, lector, como lo siento.

Mi nacimiento es muy decadentista,
 Y viene bien a un hombre que no anhela
 Nada más que ser nuevo y ser artista,
 A un poeta sin reglas, sin escuela...
 A más, puedo ser héroe de novela
 Romántica... y también naturalista.

Para nacer, según es muy sabido,
 Es de necesidad, generalmente,
 Que dos personas hayan consentido
 En casarse, a lo menos civilmente.
 Mas yo, siempre discorde con la gente,
 Para nacer de todo he prescindido.

La ley, la religión y la moral
 No han tenido, lector, nada que ver
 Con mi cuna. Eso ha sido algo informal;
 Pero se relaciona, a mi entender,
 Con mi estilo. Ese modo de nacer
 Es muy mío. Lo encuentro personal!

Yo me reiría si alguien me arrojara
 Con la idea de hacer un gran ultraje,
 Lo de que soy bastardo, en plena cara.
 Más de un bastardo recibió homenaje!
 Lo ha sido más de un alto personaje!
 Por ejemplo: El señor de Trastámara.

Es preciso tener la vanidad
 Del valor, para hablar sobre tal cosa.
 Y de ello me arrepiento, en realidad,
 Pues mi conducta es algo indecorosa.
 Dirán: ¡Qué poesía escandalosa!
 Ese joven no tiene dignidad.

Yo mismo pienso: ¿Cómo se concilia
Lo que hago, con mi gran delicadeza?
Me pierdo, si el buen gusto no me auxilia!
Y acaso a muchos les dará tristeza
Que publique estos versos... Con certeza
Doy con ello un disgusto a mi familia.

Me han contado que un día se trataba
De estos versos, y gente de cultura
Opinó que si yo los publicaba
No iba a encontrar empleo. Es cosa dura!
Y para completar mi desventura:
Tampoco hallará novia, se afirmaba.

Yo viviré sin novia, fácilmente,
Pues mi alma está completamente fría.
Mas lamento, lector, enormemente,
Que no pueda vivir de poesía
Y que al talento se le obligue hoy día
A emplearse, sencilla y burguesamente.

¡Oh Musa mía! ¡Oh Musa encantadora!
Tú que has abierto mi alma atribulada
A la rosada lumbre de la aurora.
Morirás para siempre!... ¡Desgraciada!
La suerte te condena. Estás sitiada
Por hambre. Esta será tu última hora!

¡Oh sueños fugitivos, fresco Edén,
Desde el cual yo solía ver el cielo,
La suerte caprichosa en su vaivén
Me ha arrancado de ti! (Pero, en mi duelo
Una cosa me sirve de consuelo:
Mi poesía está saliendo bien).

Comprendo que no puedo resignarme
A vivir pobre. Moriré primero!
Sí, moriré! Nada podrá salvarme,

Para mí ya no existe el mundo entero.
Por holgazán, poeta y altanero,
La evolución decide eliminarme.

Dejaré mi lugar a hombres más sanos.
Es cosa hecha. No vacilaré.
Para algo, al fin, me servirán las manos!
Por lo demás, lector, me reuniré
En el siglo, con Byron y Musset
Que son mis dos parientes más cercanos.

Mas lucho en todo con la adversidad.
No puedo como Byron sucumbir
Luchando por la santa Libertad.
Cosa que es de gran tono. El Porvenir
A tan hermosa acción hace erigir
Estatuas. Esto es grande, a la verdad.

Y pensar que me pierdo un monumento
Porque no existe un pueblo encadenado
Que ame la libertad y el pensamiento!
¡Polonia! Me dirán... Ya lo he pensado
Es esclavo; mas ¡ay! lo es demasiado
Y no hay nada que hacer por el momento.

Yo tengo como alivio a esta fatal
Pobreza, que me amarga la existencia,
La ventaja de ser original
Pudiendo hablar de mi dichosa herencia.
No podría tener una ocurrencia
Tan buena, a no ser hijo natural!

Esto que digo aquí, me lo decía
Un amigo, con quien siempre me río
De las cosas, leyendo una poesía
Bastante mala, de un hermano mío
Legítimo. ¡Qué versos! Daban frío...
A mi hermano le falta fantasía.

Era un soneto apenas bien medido.
 El sol era su tema... ¡Qué candor!
 ¡Qué magnífico asunto el elegido!
 ¡Desgraciado poeta sin vigor!
 El sol o bien la luna... Eso es, lector,
 A lo que el pobre se halla reducido.

Lamentaría, ¡oh noble sociedad!
 Que a causa de estos versos, se creyera
 Que es un antro de infamia y de crueldad
 Esta alma, únicamente algo ligera.
 ¡Oh padres de familia! ella renueva
 Una hermosa virtud: La castidad.

Sí, mi alma dolorida y solitaria
 Admira, más que nada la inocencia
 De José; su pureza legendaria!
 Si descendiera de él, ¡qué gran herencia
 La ley me acordaría! Mi existencia
 No sería como hoy, triste y precaria.

.....

Pero todo, lector, no se ha perdido!
 No desespere. Aun puedo hacer fortuna.
 Tengo esperanzas, yo, gran descreído,
 Yo, que hasta aquí no concebí ninguna!
 Odio menos los versos a la luna,
 Y resulta que ya no me suicido.

Algo grande, algo muy sensacional
 Me sorprende, al concluir mi poesía.
 ¡Dicen que algo me toca! Menos mal.
 La de la gran noticia es una tía
 Que me escribe, llorando de alegría...
 Espero, pues, que falle el Tribunal!

Pero aquí debo hacerte conocer,
 Estimado lector, algo importante.

Es esto: En donde van a resolver
 Ese asunto monótono y cargante,
 Parece que se ignora lo bastante
 Para dejarme bien. Eso va a ser

En Buenos Aires, pueblo humanitario
 A más, en que la ley es menos cruenta.
 Allí el Código no es autoritario:
 No me impide gozar de alguna renta...
 Y es cosa que debí tener en cuenta
 Al hacer el presente Comentario.

"El Día" - 4 Diciembre 1894.

POEMA SENTIMENTAL

LA CASADA -- EL MARIDO.

PARIS.

Lo que hay en el fondo.

La cosa es grave! Empiezo a comprender
Que no se cura mi alma enamorada.
Y esta pasión que me hace enloquecer
Me la ha inspirado una mujer casada.

Esa mujer, esa mujer fatal
Que cambia mi existencia en un mal rato,
Es esa misma imagen ideal
De la que hice un magnífico retrato.

El lector la conoce y ya la adora.
¿Cómo no amar a una mujer así,
Con que la eterna madre creadora
Prueba talento, y además sprit?

A pesar de su gracia y de mi amor
Entrañable, ¡qué suerte de marido!
No he podido hacer nada, y lo peor
Es que casi le soy desconocido.

Yo tengo un gran valor, me atrevo a todo!
Y ya hace tiempo que le hubiera hablado
Sin miedo ni rubor, del mismo modo
Que se habla a Dios, sin serle presentado.

Pero la suerte puede serme ingrata,
Pues la empresa ¡qué diablo! es azarosa.
Es muy dudoso el éxito. Se trata
De corromper a una mujer virtuosa!...

Y esa hermosa mujer cuya ternura
Aun no se me ha mostrado, ¿me amaría?
¿Por mí será capaz de una locura?
Lectora, tú dirás: "¡Yo lo sería!"

Lo creo! Mas ten calma. Reflexiona.
Amar a tu marido es lo más llano:
Te es casi siempre fiel, no te abandona,
Y el marido, además, se tiene a mano.

Es, en fin, una gran comodidad!
Y aunque no tenga ingenio ni belleza,
Hay sosiego en su amor, tranquilidad.
Se le ama por costumbre, por pereza...

La pasión no lo enferma ni lo abrasa,
Come frente de ti, duerme a tu lado,
Va contigo a pasear, vive en tu casa...
¿Hay algo más feliz, más descansado?

Y así vives en medio a una alegría
Económica, sana, sin derroche,
Fatalmente dichosa día a día,
Fatalmente dichosa noche a noche.

Tan bueno y excelente es un marido
Que aun cuando el de mi amada es un idiota,
Ella lo encuentra hermoso, distinguido...
¿Su falta de talento?... No lo nota.

Pero, ¿un ser ideal cómo se aviene
Con ese hombre grosero, rudo al tacto?...

Es que el amor hacia el marido tiene,
Por regla general, algo de abstracto.

Sin embargo, este caso es algo fuerte.
La estupidez de ese hombre es increíble
Y ella está muy contenta con su suerte...
¿Será bestia también?... ¡Qué cosa horrible!

Es un hombre brutal. Cuando la toca
La pisa!...
¡Oh dulce encanto, oh sueño mío!
¿Cómo se explica, pues? Te has vuelto loca

¿O se trata, tal vez, de un extravío?

Falsedades secretas, impudores,
Sensualidad, sandeces, groserías
Feroçidades lúbricas, horrores...
¡Un amor de la selva en nuestros días!

Esto es él!...

En cuanto a ella, habrá intentado
Rebelarse a ese amor rudo y bestial
Habrá hecho resistencia, habrá llamado
Desesperada y loca, al ideal!

Pero él entonces con un gran cinismo
Le hará creer, (No me conoce a mí)
Que en materia de amor todo es lo mismo,
Que en materia de amor todo es así.

De ese modo, a la vez que algún consuelo
Da a su doliente corazón herido,
Consigue hacer una mujer modelo
Virtuosísima y fiel... ¡Qué gran marido!

Debo, pues, despedirme y olvidarme
De esta pasión inmensa y desgraciada.
De esa beldad que acaso en vez de amarme
Prefiera ser una mujer honrada.

Y después de ella, es lo peor de todo,
No podré enamorarme de cualquiera.
Es tristemente cierto. Sobre todo,
No podrá consolarme una soltera.

Eso de amar a una mujer casada,
Aun cuando a alguien parezca un desatino,
Es una cosa lógica, explicada
En mi carácter de hijo adulterino.

Esto, por lo demás, yo lo lamento.
Es demasiado rara mi existencia.
Todo ilícito: Amor y nacimiento...
¡Qué terrible *pendant* ella y la herencia!

Sin goces, sin dineros, abandonado,
Mi porvenir es tétrico y sombrío...
En este mundo al cual me han arrojado,
Qué mal, qué mal me encuentro, padre mío!

¡Y pensar que en mi pecho ella hace el día!
Que es sublime, celeste, excepcional,
Y que en sus brazos trémulos habría
Que decir algo grande, original!

Es exquisita, suave, delicada,
¡La sangre de París corre en sus venas!
Y miserablemente malograda,
Insípida y vulgar, ni tendrá penas...

Mas no puedo creer que no me ama!...
Y si me amara, ¡qué pasión, buen Dios!

¡Qué existencia la nuestra! ¡Qué programa!
¡Lo que haríamos ¡ay! nosotros dos!

Pero hay un medio... un medio... Me decido!
Yo te arrebataré! Mi brazo es fuerte!
Me seguirás!... En cuanto a tu marido,
Será sólo cuestión de un duelo a muerte.

Haré de ti un encanto, una mujer
Enamorada, voluptuosa y fina...
Y va a ser todo un drama! Vas a ser
En vez de una burguesa, una heroína!

Junto a tu esposo ¿qué serás? —Honrada!
Pero ser buena madre, buena esposa,
Es algo muy común. Eso no es nada!
Para ti quiero más... ¡Te haré gloriosa!

Me verás rico, célebre, orgulloso.
Aplaudido, de pie sobre el proscenio!...
Y en busca de un país bien espacioso
Viajaremos nosotros y el ingenio.

En plena posesión del ideal,
Acaso inventaremos nuevas artes.
Nuestro amor será espléndido y triunfal!
Llevaremos París a todas partes...

Nuestros goces serán todo presente.
En el azul no hay antes ni después.
Será preciso entonces ser creyente,
Y hablaremos a Dios en buen francés!—

.....
.....

Pero ¿yo estoy realmente enamorado,

O será un caso de autosugestión?
Me siento sin vigor, aniquilado,
No debe de ser cierta esta pasión...

Ahora el amor no me parece lógico.
Mi corazón, del todo indiferente,
Está completamente fisiológico:
Se ocupa de la sangre únicamente.

Mi insensibilidad, por otra parte,
No es algo que me aflija o desconsuele.
Me ocupo más de mí, mucho del arte,
Y soy casi feliz: nada me duele.

Y esa mujer, modelo de hermosuras,
Esa mujer que en sí todo lo lleva,
Que habla de cerca a todas las alturas,
Original, de una belleza nueva,

No ha de tardar en convertirse en tonta...
Por de pronto, sus glorias han pasado,
Ahora es otra mujer, no se remonta.
Y ya no es ideal, se ha deformado...

La obra del matrimonio está cumplida:
Esa ha sido una unión aprovechada!
Y estarán entretanto, así es la vida,
Él orgulloso y ella resignada.

Pero yo no me fijo en tales cosas.
Yo me paso soñando noche y día.
Vivo en altas regiones luminosas,
Y soy, lector, un hombre fantasía.

Sin opio, ni ingredientes conocidos
Tengo también mi cielo artificial,
Me imagino pasiones y maridos,
Y soy un Tartarin sentimental!

Sueño, pues, que me mata y me enloquece
 Una mujer que acaso, bien mirada,
 No es como yo la pinto, ni merece
 Esa inmensa pasión desenfrenada.

Y esa es mi vida, acostumbrado a ver
 A cada instante un sueño, un espejismo.
 Amar... , soñar que amamos... A creer
 Al viejo Calderón, todo es lo mismo.

EN UN ALBUM DE CONFESIONES

15 SET. 1896

¿Cuál su ocupación preferida?

—Pensar en la muerte.

¿Dónde está la felicidad?

—Dentro del ataúd.

¿Y el infortunio?

—Fuera.

¿Cuál es el rasgo principal de su carácter?

—Necrofilia.

¿Qué cualidad prefiere en el hombre?

—La putrefacción.

¿Y en la mujer?

—La putrefacción.

Color y flor predilectos.

—El negro y la siempreviva.

Si no fuese quien es, ¿quién desearía ser?

—Cualquier muerto.

¿Dónde prefiere vivir?

—En el Cementerio.

¿Cómo desearía morir?

—De todos modos.

¿Qué nombre le gustaría más?

—Nadie debe llegar hasta el bautismo.

¿Qué medio de locomoción?

—El carro fúnebre.

¿Cuáles son sus autores favoritos, en prosa y verso?

—Edgard Poe y Carlos Baudelaire.

¿Qué pintores y músicos prefiere?

—Goya (por El Capricho) y Chopin (por la Marcha Fúnebre).

¿Cuáles son, en su opinión, los mayores héroes de la vida real?

—Los suicidas.

¿Y en el mundo del Romance?

—Werther.

¿Qué comida y qué bebida prefiere?

—Arsénico, ácido prúsico.

¿Cuál es el objeto de su mayor aversión?

—La vida.

¿Qué personaje histórico detesta más?

—Matusalem.

¿Cuál es su estado de espíritu?

—Tétrico.

¿Por qué delito se siente más indulgente?

—Por el asesinato.

¿Qué es lo que le causa más risa?

—Las danzas macabras.

¿Cuál es su divisa?

—R. I. P.

15 Setiembre 1896.



DESOLACION

Al sentirme sin fuerzas, extremado,
 Y ya desengañado,
 Con ideas amargas y sombrías,
 Me dan risa mis sueños de grandeza,
 Mi juventud, tristeza,
 Y compasión mis pobres alegrías.

Si alguna vez he sido
 Un instante feliz, si he sonreído,
 Mi fortuna o mis goces no han durado
 Tuve miedo: la sombra estaba en frente! ...
 Y llamé inútilmente
 A más de un corazón deshabitado!

Me encontré con el alma dolorida
 En una tierra cruel, desconocida,
 Y nadie me esperaba!
 Siempre estoy solo! En mi dolor maldito
 Hay algo de infinito,
 Y nunca empieza porque nunca acaba!

¿Hoy qué queda de mí? Mi sufrimiento.
 Y debe de ser grande mi tormento
 Para arrojarme así como un beodo,
 Al través de la vida,
 Desesperado, el alma enloquecida,
 Con un deseo de morir del todo!

Entre tanta tristeza
 Me he acordado de ti, Naturaleza!
 Tú repartes la dicha, das los goces

Y los rayos del sol; das la alegría!
 Pero yo, madre mía
 Yo soy extraño... A mí no me conoces!

Esa vida que das, madre insensata,
 Yo la desprecio. Yo he gritado: ¡mata!
 Al dolor que me hiere.
 Y yo he sentido todo lo sombrío,
 Todo lo que hay de lúgubre, de frío...
 No le temo. ¡Ya sé cómo se muere!

Sin embargo te amé, yo, que maldigo,
 Yo que no creo ya, yo que persigo
 La esperanza en mi pecho, y la destruyo! ...
 Y mientras te imploraba,
 Tu voz, tu misma voz me contestaba:
 ¡Aquí no hay nada tuyo!

Pensar que me miraron los dichosos,
 Y que hay astros alegres, luminosos,
 Y aquí a mi lado mismo como un canto
 Melódioso y feliz que nunca cesa!
 ¡Oh! ¿Qué alegría, que alegría es esa,
 Que no se vuelve llanto?

Por lo menos de esta alma desolada,
 Quisiera hacer una alma resignada...
 La vida... ¡Cómo cuesta!
 Siento una envidia amarga, inconsolable...
 ¡Yo soy un pobre niño miserable
 Que está viendo una fiesta!

Corazón mío... ¡cuánto mal te han hecho!
 Una condena sufres en mi pecho.
 Y nada tienes ya, ya nada pierdes!
 Y estás viendo vivir, mudo, aterido...

¡Triste árbol carcomido
Que siente murmurar las hojas verdes!

Si algo grande he soñado
No recuerdo lo que era, lo he olvidado...
Esa existencia para tantos buena
Tiene ruido no más...! ¡Pobre alma mía!
Es acaso más triste mi alegría
Que la tristeza ajena!

Sin embargo creí por un instante,
Que un amor delirante
Me diera una esperanza y un abrigo...
Yo no buscaba una pasión dichosa,
Pero sí compasiva y generosa
Como un dolor amigo!

No he olvidado ese tiempo todavía!
Amor mío... Tu voz!... yo la quería!
Animaba en mí ser todo lo yermo.
Tenía algo de triste, de lejano...
Dulce como la paz, como la mano
Que acaricia a un enfermo...

—¿“Acaso no hay en ti más que despojos?”
Me decías. —“Aparta de tus ojos
Esa tristeza inmensa.
Si la vida está negra, yo sonrío!
¡Vamos! deja tus sombras, niño mío.
En eso no se piensa!

“Vamos ¡despierta! Vamos ¡alegría!
Esa amargura es mía...
Yo sufro tanto al verte desgraciado!
Yo conozco tus penas, tu secreto,
Y te consolaré, te lo prometo...
¿Por qué dudas así? ¿Nadie te ha amado?”

Yo me entregaba a esa caricia lenta...
Al eterno pesar que me atormenta
Entonces sonreía,
Y calmaba mi llanto desolado
Un calor de esperanza renovado.
Algo bueno, algo grande que volvía!

A tu amor generoso
Yo respondí con un amor lloroso!
Mi alma era una alma herida...
Y en un campo siniestro, enrojecido,
Donde hubo una batalla, es un gemido
La señal de la vida!

¿Y hoy dónde está ese amor, tu amor doliente
Que venía a llorar sobre mi frente
Que era amigo del cielo?
¿En dónde está ese amor que me encantaba,
Que traía la paz y que me hablaba,
Al menos, de consuelo?

Hoy te siento en mis brazos insensible
Sin pasión ni cariño... ¡Es increíble!
Todo mi ser se abisma
En una angustia lúgubre, impotente...
¿En dónde estás? pregunto inútilmente
Al buscarte en ti misma!

De nosotros ¿quién es más desgraciado?
Los dos hemos soñado
Una pasión igual, igual idilio.
Y ambos sentimos en redor la nada,
Una pena mortal, desesperada!
Un mal que pide auxilio!

¡Oh! qué desilusión! la contemplamos
Los dos, uno en el otro, y sollozamos!...

Y quererte, adorarte de este modo,
Y verte helada, muda, indiferente!
¿Qué es lo que haces, oh sol resplandeciente
Que lo calientas todo?...

¡Que del cielo estrellado se desprenda
Alguna chispa y tu pasión encienda!
¿No me ves implorarla
Enloquecido, trémulo, de hinojos,
Mientras busco en tus labios, en tus ojos,
Tu alma para besarla?

Mas no; te he hallado tarde. La existencia
Te ha gastado, te ha dado la experiencia
De una jornada entera!
Todo en tu corazón está lejano,
Y mi amor desolado llama en vano
Tu antigua primavera!

Tú no has sabido, no has sabido amarme.
No has hecho nada más que arrodillarme!...
Yo necesito un poco de cariño...
¿Qué haré entre indiferentes, entre extraños?
¡Oh! Dame mis veinte años,
Ten piedad de mis sueños... ¡soy un niño!

Siento como una ruina... ¡Un hundimiento!
¡La ilusión de la gloria y el talento.
También otra quimera y otro olvido!
Todo eso me ha mentido, me ha engañado!
Mi vida se ha borrado.
Y ya no sé quién soy ni quién he sido!

"El Día" - 18 Junio 1895.



UNA MUJER

Estoy perdidamente enamorado
De una mujer bellísima, increíble.
Mas soy terriblemente desgraciado
Mi infinita pasión es imposible.

Esa hermosa mujer, era quimera,
Nada tiene que ver con mi país,
No es hija de este suelo: es extranjera,
Y en sus ojos hay vistas de París.

Su rostro es de un encanto incomparable
Lleno de gracia alegre y colorido,
Un rostro "chic", un rostro insuperable
Que no puede mirarse distraído.

Tiene un sello especial esta belleza
Belleza sin igual, ya se comprende:
Hay en todos sus rasgos la extrañeza
De una cosa casual, y nos sorprende.

No es la belleza olímpica y correcta,
Venus escultural de los Museos
Belleza fría, y a lo más perfecta,
Que admiramos tal vez, mas sin deseos.

El rostro de mi amada es más del día.
Su rebelde, su artística hermosura
Se ríe de la exacta geometría.
Su boca es una ingenua travesura.

Ella tiene en sus gestos elegantes
Una malicia fina y delicada.
Tiene, llena de tibios excitantes,
Una cara feliz, condimentada!

No hay nada más sensual, más expresivo
Que su gracia poética y ligera.
La rodea un encanto, un atractivo
Que no se halla al alcance de cualquiera.

Guarda en su corazón una alborada,
Algo alegre que siempre está cantando.
Espiritual, risueña, descuidada,
Parece que el azar la hizo jugando.

Y sin embargo, su mirada piensa,
Y en el fondo de su alma hay sensitivas.
Brilla una dulce claridad suspensa
En su rostro sensual de líneas vivas.

Todo su ser, toda ella es un halago
Que hace soñar, cantar, enamorarse.
Tiene en sus ojos un deseo vago
De querer, de besar, de acurrucarse...

Y la adoro, la adoro inútilmente
Con una gran pasión... ¡Es de las mías!
Por su parte, le soy indiferente,
Y ni leerá siquiera mis poesías.



MI ITALIANA

Me hice hace poco tiempo la promesa
De no amar ni escribir... Ha sido vana.
Y después de cantar a una francesa,
Ahora voy a cantar a una italiana.

La mujer que ahora quiero no es ingrata.
Me ama... yo la idolatro... Y no hablo en broma!
Adoro a mi italiana... Me arrebató!
Y de París, lector, me paso a Roma!

¡Qué encantos los de Italia! Cuando pienso
Que a causa de otro amor amé la Suecia!
Pero éste es el más grande, este es inmenso!
Poético y gentil como Venecia!

A un mismo tiempo alegre y afligido
Estoy lleno de angustias y ansiedades.
No como, duermo mal, me he enflaquecido
¡Qué pasiones! más bien: ¡Qué enfermedades!

¿Y mi Musa? La pobre está olvidada,
Y debe de encontrarse resentida...
Entre mis brazos, loca, enagenada,
Ahora en vez de ella tengo a mi querida!

¡Qué amor excepcional! Naturaleza,
Mira! Tienes en él un monumento!
Esta pasión es toda una grandeza!
¡Un acontecimiento!

¡No hay con qué comparar este ardoroso
Juego de amor!... La atmósfera está fría:

No hay guerra, el anarquismo está en reposo,
Los volcanes, tranquilos... En el día

No hay nada digno de él. Yo nada advierto.
Ni un dolor grande ni una gran fortuna.
Ninguna tierra más se ha descubierto,
Y no ha nacido ayer montaña alguna!

Está el término medio en derredor.
En el cielo magnífico y profundo
Hay los astros de siempre... ¡Es nuestro amor
La actualidad del mundo!

El universo debe de admirarnos...
¡Qué cuatro alas!... Y ella es inteligente!
Cuando hablamos, lo mismo que al besarnos
Estamos frente a frente!

Yo le digo hermosuras, maravillas,
Frases que la acarician por millares!
Mezclo a Dios en las cosas más sencillas. ...
Y hasta llego a decir cosas vulgares!

Soy romántico ahora: más poeta!
Mi Musa antigua ya no tiene asilo...
Este amor es la pérdida completa
De mi paz, y el trastorno de mi estilo!

Y ella ¿me quiere?... Mi alma se encapricha,
Y se empeña en dudar... ¡Si no me amara!
Estoy lleno de sombras... Esta dicha
Tan natural es una cosa rara!...

Mas debo convencerme. Soy dichoso!
Seré amado como hoy todos los días...
Y de nosotros dos, lo más hermoso
Será el desprecio por las almas frías!

Nuestro amor entrará en el Clasicismo.
¡Qué soberbia, qué espléndida pasión!
Despreciamos el mundo hasta el cinismo,
Y vivimos a pleno corazón!

Cuando están nuestros labios confundidos
Sentimos que este amor es de otra zona!...
Y ella tiene furores y rugidos...
Así me gusta más... ¡Es mi leona!

¿Quién es capaz de amar tan locamente?
¿Quién siente, en fin, una pasión como esta?
No es amor de salón, seguramente...
Es un amor que pasa en la floresta!

Ella tiene en sus venas un ardor
Natural, espontáneo, incalculable!
Y en sus caricias locas un vigor
Que podría matar!... Es adorable!

Mas, por desgracia, su primer amante
No soy yo; ni el segundo, ni el tercero...
A todo llego tarde!... Es irritante!
Aunque a su corazón llegué el primero,

Según ella... Ella siempre me ha afirmado
Que su alma es virgen hasta de un deseo.
Me aseguro que nunca, nunca ha amado...
¡Me lo jura!... y ¡qué diablos! yo lo creo...

Nos amaremos, pues, querida mía!
Y seremos de bronce, de algo fuerte,
Para que esta pasión, toda alegría,
Viva a pesar del tiempo y de la muerte!

Pasaré mi existencia entre placeres...
Entre tus labios cálidos y suaves...

Por lo demás, desprecio a esas mujeres
Que no son más que vírgenes... Lo sabes.

¡Que una dicha inmortal sus brazos abra!
¡El resto será olvido!
¡Qué manera de amar! Esta palabra:
Infinito, por fin tendrá sentido!

Gocemos hasta el fin! Yo amo la vida!
Tu amor es una fiesta!
¡Este es triunfo!... ¡Bésame, querida!
¡No dejemos jamás nuestra floresta!



YO NO SOY CULPABLE...

Yo amo, puesto que vivo. ¿Soy yo culpable de que mi corazón florezca hacia ti, llevado por un divino instinto, como esas plantas que persiguen, sonámbulas, el calor y la luz?

¿Tengo yo la culpa de sentir el alma mecida por tus ojos; de que tu cuerpo entone, con su ritmo blando, el arrullo de las barcarolas; de que tu mirada tibia de ensueño aterciopele mi espíritu con el solaz de un bálsamo; de que las oleadas calientes de mi sangre se precipiten todas al deslumbramiento astral de tu cuerpo, en una marea de ternura?

¿Tengo yo la culpa de soñarte, de sentirme a tu vista todo gemidos, delirante de sueños, henchido de súplicas, tembloroso de pena, humedecido de lágrimas? ¿Tengo yo la culpa de aspirarte, distancia, en una agonía de deseos; de unirte en el asilo entrañable y férvido de las palpitations del Sentimiento, a las esperanzas supremas, a las supremas melancolías?

¡No, yo no soy culpable de que tú seas divinamente bella, de que tus manos hechas con nimbos lunares, me hagan llorar y gemir; sentir, a la idea de que no puedo besarlas, el hondo afán de la Muerte!

Yo no soy culpable de que poseas el secreto de las armonías de mi espíritu; de que por ti, magnéticas, resuenen en la Emoción misteriosa, las inefables orquestas... y se desplieguen paisajes nostálgicos, sobrehumanos, de un vértigo paradisíaco; y asomen a mirarme, en el tropel de las ondas, criaturas en cuyos ojos descifro no sé si el dolor o la esperanza, el afán o el ensueño... Yo no soy culpable de que tu boca sonría con las embriagueces más caras, con el luminoso y diáfano ambiente de los oasis, con el fulgor de las fuentes... de que tu cuerpo, amasado con ternura, desfallezca como el de las trémulas La Vallières... ¡Caricia ondulante y viva que arrebató y mueve a voluntad el ritmo de mi sangre, que sofoca mi aliento, que para mi corazón!

Yo no soy culpable de que tus ojos tengan un desmayo que viene de Sybaris, de los jardines de Semiramis, de los pórticos de Atenas, de las leyendas de las heroínas muertas de amor, de la codiciosa sombra de los harenes, de las supremas noches pasionales; desmayo como visto en los ojos de una voluptuosa aparición... imborrable, ¡único! Al influjo de su caricia mi alma toda languidece y se postra a gemir...

¡Yo no soy culpable de que tu rostro sea pálido como el pálido Amor, hecho de lirios y de luna, soñado por los silfos!... ¡Yo no soy culpable de que el Destino haya impreso en tus ojeras hondas el poema de mi ansiedad, acaso el **ananké** sombrío de mi vida toda ella entregada a la pasión!

¡Yo no soy culpable de que tengas la cabellera ebria, la envolvente capellera de haces profusos que se derrama, con perfumes de vértigo, en

las almohadas tibias, sobre la frente consagrada de los amantes que lograron su afán! ¡Yo no soy culpable de que tu garganta invite a morir en el divino suicidio de los tálamos!

Beben mis noches las ávidas deidades de cabelleras hirsutas, de pupilas sonámbulas... frente al cielo en que mueren las estrellas y sonrío el alba... mecida en él tu imagen... ¡cruel y deliciosa fantasma!

¿Dónde hallar la palabra que llore mi pena, que retrate mi ansia que, ante tus ojos, sobre la página inerme, vive mi delirante corazón?

Yo me apodero en el Sueño de tu cabeza ebria, yo te entrelazo con un remolino de angustias, con un vértigo de insensato dolor, yo aplaco la sed de mi boca con tus manos lunares mensajeras de la muerte... ¡Escúchame, si tú tienes un alma! ¡si tú comprendes cuál es el objeto de vivir! ¡Piensa que eres llorada, cantada sin descanso por la pasión! ¡Que por ti nacen melancolías ilimitadas como piélagos... que por ti suenan sollozos amargos como la hiel del Amor; que por ti se ciernen oscuros desamparos, violáceas penumbras, tristezas de tempestad... que eres unida a los más altos sueños; que haces aletear, asfixiadas, las ternuras, en un asfixiado corazón; que enciendes el volcán de las cóleras rebeldes, que por ti corren las lágrimas de fuego de Luzbel!...



DON JUAN

(BALMACEDA)

DEDICATORIA**¡De rodillas,
corazón de América!**

¡Coronemos ¡oh audaces! de mirtos lisonjeros la sombra fulguradora de Balmaceda triunfante, caído con el perfume de la dicha en los labios invencibles y en los deslumbrados ojos!...

¡Salve, bravo! ¡Salve, Don Juan! ¡Te hizo ausencia en el flanco la magnánima espada para defenderte del Alevé, para fulminar al Traidor, para inmolar todo obstáculo en homenaje a la grandeza de tu brío reconocida por la Belleza arrodillada!

¡Salve, bravo! ¡Salve, Don Juan! ¿Qué cosa es morir cuando se ha logrado la vida en un minuto cegante como la luz del acero de las espadas, como las ráfagas del valor del que fuiste un predilecto!... ¡Oh exaltado de una progenie de héroes, tú recogiste en el seno de la leona Waddington el laurel magnífico de tu abuelo redentor!

¡La gloria de los besos te ungió las sienes tembladoras, embebidas de ensueños, palpitantes y aladas de evocaciones!

¡Salve, oh insuperable, extasiado ante la fosa prometida por la solapada iracundia de los que no tuvieron potestad de herirte en lid igual, de empuje clamorosa!

La traición es el pedestal de los héroes, es el galardón de sombras estrelladas frente al cual de-

lira la impotencia de los viles. ¡Tú te yergues, olímpico, sobre la inicua perfidia de tu cobarde agresor!

Tú no podías ser herido en lid igual y clamorosa por los viles: ¡eras héroe!

¡Anhelante! tú has sentido el clamor de la raza en el arrebató de tu corazón triunfal sobre el seno de la Waddington feliz!... ¡La sangre tiembla y te agradece el grito de ilusión del sexo!

Fuiste en vano masacrado. Ella no olvida. Tú eres el inmortal de su corazón, el espectro fúlgido de sus ojos, la evanescencia dorada de sus nostalgias celestes... ¡oh creador de ambrosias y de suspiros en los labios de la Belleza!

¡Soberbio! ¡tú has encarnado la épica del sexo! ¡Caballero cumplido de la Muerte, Señor de los peligros; ¡altivo sin rival que donaste a los protervos el rol de sepultureros tuyos, que les diste tu fosa a cavar!...

¡Magnífico! Fuiste amado. Eras digno. La mujer soberana, en tus labios, al valor hizo justicia. El beso de la gloria y de la muerte te fué ceñido por la mujer soberana. Si en la tumba recuerdas no estarás arrepentido...

La vida no es el desfile monótono de las rutas. Es la pujanza inconcebible del instante raudo que destruye en los ojos la sombra, que relampaguea en el hondo corazón con la pujanza de un acero que lo traspasa. Más allá... ¡a qué vivir, Don Juan!

Cuando la fúnebre paradisiaca quería ceñirse a ti para siempre, tú respondías, ¡oh soñador del beso intangible conservado en los labios como un perfume sin término, como una supervivencia ideal, como una entonación de cielos apurados en las venturas dormidas! a qué borrar la hora consagrada a las divinidades que pasan, porque an-

helo condenar la caricia del vuelo fugitivo de esa divinamente leve ilusión, porqué profanar y confundir con el polvo de los caminos vulgares el polvo de oro de las alas del homenaje del Sueño con que fueron incensados los labios batientes de apolíneas plegarias y los radiantes ojos confusos por el vai vén de los éxtasis!

Morir, no atentar a la Ilusión que sobre tu sepulcro se desvanece, agradecida... que avasallas desde el fondo de tu eterna gloria ¡Don Juan!

Tu sepulcro está cernido de caballeros que te aguardan con un flamear en la sombra de las espadas en que chocan los lampos vagos de las estrellas. Ellos arrastran a manera de impávidos recuerdos los Penachos retadores, los munificentes atavíos, las capas de las ambrosías deslumbradoras del sigiloso triunfo perfumado. Son telas rosadas color de las despedidas en los balcones asomados a las Auroras, en los que el último beso echa a volar del rubor de la belleza al rubor del día temblante que saluda. Son capas, ondas celestes que llevan pintadas las nostalgias de aquellas a quienes el beso caballeresco dejó los ojos vagabundos, trazando en ellos, al abrigo de los párpados y de los velos, la estela del cariño del Olvido...

¡Y resuenan los besos esplendorosos como soles de los labios, los brindis de las chocadas bocas, concedidos como blasones; que logrados fueran con épicas pujanzas, inmunes cuarteles del Amor heráldico! ¡Y tiemblan de ambición las plumas y se desatan las copas en solaces con ansias de sentirse mullidas bajo la huella de las trémulas conquistadas! ¡Y las espadas amanecen para infligir las derrotas del excitado orgullo a los que osen disputar el lauro! Y se cifien los entrecejos magníficos a los enlutados desafíos de los ojos ¡y

el nombre de Don Juan dicen los aires y en los astros el nombre de Don Juan se escribe!

La gloria de Don Juan tú la compartes ¡oh, rugiente, oh dulce, oh elegíaca por amor del héroe! Tú eres del Arte, tú eres del Dolor y de la Gloria... ¡Constelación de llanto!

Perfuma con la túnica de cielo del póstumo desvarío... ¡oh magnificadora de la ilusión del hombre, oh salpicada en los labios unguados por los labios y por los ojos de tu amante que ¡cuánto los miraron antes de besarlos!... con la sangre querida que se enlazaba fragorosa, hirviendo, con la sangre tuya cuando, ciega, amabas!

Para ti también el lauro, ¡oh aciaga!... Llorra, nada arrebatará la delicia que tu corazón conquistó ¡oh conquistada!

Apaga los párpados, llenos con el numen de las horas calladas que trazaron el rumbo sideral de un imborrable mensaje, para contemplar en el secreto de los velos mecedores a Don Juan...

¿Oyes?... Él arrulla en la lejanía de tu alma... ¡Él te ofrenda desde la fosa cavada por tu hermano, ¡vengador sin hidalguía! el más tibio, el más hondo y cundiente de sus besos!...

Sueña... ¿No gustas como un solaz de miel en los labios vagos y solos?... Evoca, ¡oh venturosa! ¡Revive la hora temblorosa de tus súplicas cuando sus ojos profusos, perdidos sobre los tuyos, respiraba locamente tu afán!... Bebe... trémula, el cáliz de las delicias huérfanas que te depara el recuerdo sagrado... Él no te hace traición. Él es fiel, ¡oh tierna! él es todo Don Juan... Llévalo a los labios y al corazón... ¡apúralo! ¡apúralo!

¿No sientes como un mullir del silencio? ¡Es él que se acerca, es él que tiende los brazos y se apodera de ti en la sombra para arrebatarte a una

luz inconcebible que antes no soñaran jamás tus ojos frente al día!

¡Oh elegida! ¡oh radiante! tiembla, sueña, fuiste feliz, fuiste suya. Fuiste suya, todo fué tuyo. ¿Sientes ondular en tu oído la canción de los perfumes? ¡Se derraman imperiosamente los perfumes en imperecedero holocausto al Caballero de la Muerte, al bravo que te amó!

Sobre ti hay un gesto de imperio inolvidable. Fuiste consagrada por la victoria del hombre. El sexo tuyo que en tu alma y en tu sangre vocea un tempestuoso clamor, ¡te invita a tenderte en lauro póstumo al que supo robarte el fuego de los cielos que guardaba tu corazón, a evocarlo en las sombras transparentes, a gritar, si es posible, su nombre en otros besos!

Estrecha poderosamente los brazos... ¡Lo sentirás latir!... Contempla: aparece. Es él el nimbo de tus ojos y la ilusión de tu pensamiento. ¡Por él fué tuya la vida y vivirás por él!

Leona, ¡en ti clamó la raza su más llameante alarido!

¡Ah! Don Juan, todo tu amor, ¡por tu amor fué masacrado!...

Tu dolor... apenas a él intento acercarme. Flor de grandeza, es un dolor sagrado.

Eres del Arte, eres de la Tragedia, ¡oh, coronada de espinas tan cruelmente que las espinas lloran al herirte!

¡Oh, que todos los bravos y todos los tristes te den un girón de su alma para ayudarte a sufrir!

El era todo tu amor y por tu amor fué masacrado... ¿Tiemblas? Con la sonrisa suya más inspiradora de los solaces radiantes de tus ojos, él, ¡en la fosa que le cavó tu hermano, vengador sin hidalguía, adormido como en tus brazos, te perdona, te agradece haber sucumbido por ti, glorificadora,

deparadora de su victoria que la muerte—sólo supo arrastrarse—es impotente a extinguir! Lauro de sus sienes, guirnalda de su tálamo, conquista ineludible de su imperioso destino, profecía de su corazón de auroras, épica audacia, arrebató sollozante ¡cuando a los rivales del recuerdo él hubiera querido inmolar y la Muerte le aparecía para él y para ti como el deslumbrador encono de los celosos quererés! ¡Oh, tu león!...

Tiende para velar esa mortaja todas las luces de tu alma ¡oh, tú, que le esperabas, pese a su ambicioso corazón, predestinada a su embeleso único, a semejanza del instante de arrebol de un horizonte que aún no ha sumergido el Astro!

¡Salve, guirnalda del Tálamo, gloria del que no ha vencido la muerte; salve a ti y a Don Juan!



**PSALMO A VENUS
CAVALIERI**

¡A Buenos Aires que tiene sangre
de Sybaris y de Alejandría!

R. de las Carreras

¡En ti reviven las Cleopatras!
¡En el triclinio de tus senos desfallece la
ebriedad de los Petronios y de los Apuleyos!

¡Sombrea en tus sienes la cabellera de Bere-
nice que arrebataron los dioses y dispersaron en
aleteos de luminarias, en un enjambre agosto!

Tu rostro es todas las blanduras, todas las
calideces aterciopeladas de la Noche Dyonisiaca.

Salomón, el más sabio de los reyes, el que
aprendió la vida en el libro de ocho mil páginas
vivas de su Serrallo, en un versículo inflamado de
mirra y de cinamomo del Líbano, habría entonado,
alborozado, el epitalamio religioso de tu lengua
de miel...

Tus brazos, collar de Anacreonte, yacen des-
enlazados en una actitud quimérica de fatiga...

Tu cabeza se pliega de sensualidad melancó-
lica...

¡Tu mirada de opio sueña inmensamente, re-
veladora de un desconocido de la dicha!

¡Un suspiro formado por todas las ansias del amor de la tierra recorre la onda furtiva de tus ágiles curvas!

Safo templa la lira... Yo, que debí ser Alcibíades, hube de entrelazar tu nombre con el mío en el muro fiel de las cortesanas de Atenas... ¡Yo debí ceñir a tu frente la tiara de arrayán y atravesar, tu molicie pesándome sobre el hombro, las azules transparencias luminosas del Pireo, de Corinto, de Citeres, entre los ecos inspirados del mundo armonioso!

Yo iré, peregrino de la Voluptuosidad, a la Sybaris que enseño tu desnudez ¡oh Venus nueva! ¡a tu boudoir soñoliento, en la Meca de todos los Cultos! ¡Mi boca, errante sobre tu cuerpo, te dirá el Cantar de los Cantares en un idioma de gemidos!

Modeló tus senos, tu garganta, el alma dulce Toscana que aterciopelara el numen del Petrarca, los cantos de D'Annunzio. Tu cuerpo, como el de Afrodita, de un origen divino, evoca el son de la cítara... ¡Eres la diosa de curvas musicales en la que los griegos saludaron la aparición del Ritmo!

Elegida de la Belleza Eterna, en el ático ensueño de tus líneas se adormece el alma de Platón... La armonía celeste se vislumbra... ¡Enajenada suena la orquesta sideral, la sinfonía de los mundos!

Caballero del Placer, doblo ante ti la rodilla, ¡oh soberano! ¡Me adornan los colores blanco y rosa de tu carne que exhala el aliento bíblico del incienso y del ámbar!

¡Los mercaderes fenicios y sus ruines mujeres mancharon, al pasar, mi túnica llameante con el cieno de la prosa alevel!

¡En tu regazo de maga que esconde los filtros de las emperatrices vibran y sueñan reconfortados!

Entreabre su boca el hálito de los naranjos que en la Alhambra incienso el Mirador de Lindaraja ausente...

¡Mi numen te objetiva, desvanecida Sultana, en el Alcázar de Encaje, bajo el dosel de una arcada!

Te sueña el Generalife, te sueñan las vegas de la ciudad del Moro...

Del Infierno del hondo Florentino, la gran di- chosa que desafió con el olímpico rapto de sus go- ces al exilio del dolor eterno, Francesca, esa her- mana gloriosa, abrazada al Recuerdo, te sonrío...

¡Horizonte desbordado de voluptuosidad! ¡Esencia del Deseo!... ¡Suspira en ti Venecia, eva- nescente, y Nápoles llamea!

Tu molicie escucha rimar las barcarolas... La góndola te espera ¡Presea de los Dux!

Viajera del Eliseo enguirnaldaron tu Destino los besos... Ante el ara de acanto de tu lecho Pa- rís se humilla ¡oh Venus Cavalieri!

Tu ondulante fluidez ¡oh verso mágico! fué creada para la mano del Esteta... Mensajera del Estro amoroso, arrulladora Targelia de cadencio- sa languidez, Hebé alucinante, adolorida, que en las sienes pálidas vierte los deliquios, ¡mi afán co- lumbró el mecimiento de tu éxtasis, el relámpago negro de tus ojos al aspirarte la caricia alada!

¡Poema de la curva, adormidera de los serrallos!

¡A tu alrededor parpadea ¡inflamada rosa de Citeres! la pedrería errátil de las abejas del Himeto en cuyas alas, cristales hervorosos, urge el polen febril de los deseos, el veneno de la Diosa que encona los ávidos delirios en el vórtice de las noches rojas!

Enviada de Afrodita que sonríe al mundo de la cima del Pindo resonante ¡maravilla inspirada! ¡sacerdotisa fúlgida! hermana de los mármoles helénicos, por ti Grecia se anima. El Acrópolis resurge a los acordes de Safo y de Caliope. Las nueve Musas ornan la frente del Helicón sagrado. Se estremecen las ondas del Egeo y los bosques de mirto, puebla el vuelo de las ninfas. Criscan faunos y silvanos. En el bosque atisban los sátiros traviesos... Sobre el dorso de los montes, sumergidos en el albor azul de la espectral Selene, palidecen los templos nacarados...

Conduciendo a Venus en su concha de ópalo, a través de la melodía del aire, los enarcados cuellos vacilantes, con ritmo lánguido y etérea majestad, vogan los cisnes...

En la fuente Castalia a que el Olimpo acude, para ungir a los Pindaros y Homeros, crece el laurel...

¡Surge Dyonisos, decorada la sien por ebrias rosas! Es el dios de la Danda y los Placeres, el que enseña sus cantos a las ninfas, cuyo acento, en las extraviadas espesuras, vocean sus clamores el dios Eco. Lo enguinaldan las ninfas sonrosadas. Lo cortejan los Faunos, los Sylvanos. Las Vacantes de ojos de noche y de sangrientas bocas, devorantes, voltean, ¡dando al aire los tirsos en que

azotan las hojas de las vidas al estallar de sistros y de crótalos!...

¡En atorbellinada fuga, el bosque esmalta sus relampagueantes desnudeces!...

Sobre el cuerpo de Dyonis los labios de las ninfas se entreabren... Baco desmaya y de sus sienes se derraman las rosas...

Junto al templo de Diana, del ebúrneo Apolo, suena la dulce lira. Homero cuenta del afán de Elena, de la llama de París!...

En el confín errante en que el cielo y el mar cambian un ósculo, himnos de tentación, voces innotas, melódicos sollozos, exhalan blandamente las Sirenas... ¡diosas del mar de esmeralda de ojos de ola y de senos olímpicos de espumas!

En los estanques misteriosos fluctúan, indecisas, las náyades transparentes de viperinos ojos de luz...

A través de la Grecia resbalando haces mariposar todas las hojas en los bosques sagrados, rizas todas las aguas, en hondo suspirar de Anadio-mena...

Coronada de sueños tú floreces en el coro de Safo, ¡deleitosa discípula cantada por el poema de sus besos!

¡Safo te estrecha y ves la Inspiración como una estrella que la palabra sideral enciende en sus cabellos de sombra!

¡La clámide flotante te deslizas a orillas del Egeo... e interrogas, hierática, tu sino al astro errante que parpadea!...

¡En los valles que la luna alfombra, Endymión te conduce y, adorante, derrama en tus pupilas el desmayado desvarío del las noches blancas!

¡Nacida en la mañana de las cosas, de una sonrisa de la madre Venus, con el despuntar de

los prodigios! ¡En el umbrío cofre de la tierra recién guardadas las piedras de Golconda, recién el suspiro del Perfume remontándose de los incensarios de las rosas!... Creado entonces sobre el monte Himeto, triscando entre los mirtos, con su caricia mansa te lame el sol de oro...

¡Nacida con el Arte, a tu mirada infinita descubre el cielo el primer lienzo del pincel de Zeuxis!

¡Sorprende Praxiteles de tu cuerpo la ingenua maravilla, y te canta el mármol con estrofas de estatuas en los templos!; ¡el color te adula, frase inmortal de Apeles!; el verso a tus contornos se entrelaza; ¡de mentes regias claridad augusta, gesto del genio virgen!

¡Temblor sagrado de Myrtis!...

Onomácrita en los Juegos Olímpicos se yergue: ¡Ante los pueblos convocados, ante la unción de artistas y de atletas, celebra tu desnudo, honor de Atenas, con la lira de oro, la sien glorificada!

Tu cuerpo sibarita se distiende en los ritmos elásticos de Alceo...

En las fiestas de Pan, viejo galán del bosque, regocijado bienhechor que vierte los dones de la tierra; al gemir de las flautas soñolientas, ¡en el festín de la juventud inmortal, coronado por tus besos, languideciendo en tus senos, erige la cratera en que mana la ambrosía de la inspiración de Grecia, rima el amor y el vino el dios Anacreonte, hijo de Baco!

Filósofos te escuchan. Departes con Pericles en las áticas lides del ingenio...

¡Solaz de la mirada! ¡Caricia del mundo griego!

¡Eres Friné!... ¡y rasgas la túnica de ondas ante el pueblo de estetas! ¡La Antigüedad aplaude!

¡Eres Lamia! ¡eres Lais! ¡eres Leontium! ¡eres Hiparchia!...

En el orbe latino eres Glicera, eres Lydia, embargada, que se abate sobre los hombros de Horacio. ¡En torno de tu sien mariposean los Cantos y las Odas!...

Nido halagüeño de la frente del vate, símbolo del Amor que peregrina, sosegado deleite, dulce pena.

¡Dolor protervo, tempestad de Cátulo! "lágrimas suave de Tíbulo..."

En la India sagrada, ¡del color incendio!, en la que rueda y se desperanza el Ganges, donde el alma del Perfume ondula en las arcadas de las selvas místicas y arrebujada la luz opalescente al lotus tembloroso sobre el enigma de las aguas pálidas... llegas tu pie, ensueño de los lirios, al amoroso Aoka... El árbol, suspirante, vive sus inefables primaveras. ¡Con un espasmo de placer humano se desvanece en flores!

Oprime tu sandalia los caminos en tierra de Judea... ¡Eres Ruth!... Sobre la cumbre del monte Galaad la Noche abre su tienda... Impacientes coleópteros del Eter, los astros se miran en las aguas profundas de tus ojos... ¡Eres Rebecca, inclinada en la fuente, en la que, absorta, evocas el genio murmurante!... ¡Eres Raquel sentada en el brocal de las cisternas!... Se mezcla con tus rizos las barba de Jacob...

¡Eres la Sulamita, la gimiente paloma del Cantar!... Te dan sombra, profusas, las vides. ¡A tu paso, en un delirio de aroma, se consume la flor de los granados!...

¡Incensario de áloe y de mirra! ¡Anfora de miel! ¡Banquete de los besos! ¡Lirio del campo que humedece el rocío del Voluptuoso de Jerusalem! ¡Lecho empapado en el olor de las mandrágoras donde reposan el numen y la gloria sin par del Rey amado!

Tu nombre es Fátima... En la titilación de tus retinas nostálgicas ondulan las silenciosas caravanas... ¡hija de los desiertos extenuados de Arabia, sonrisa del Islam en el aduar fluctuante!

¡Tendida en el oasis, a orillas de las fuentes que suspiran, enajenada por el mismo céfiro... gacela sedosa del arenal en llamas, sobre tu cuerpo humeante, la sombra tiembla al inquieto vaivén de las palmeras!

...Tu alma se pierde en los alcázares del Miraje...

Los sueños de la tarde reverberan en el arco de grana... ¡Turban la ensimismada lejanía raudos turbantes, tempestuosos corceles berberiscos!

¡Ondean el polen inflamando las palmas!

Se derrama de tus ojos la molicie de una mirada expirante...

En la cuna desbordada del blando genio asiático, Meca de los tesoros donde los dromedarios se arrodillan bajo la noble carga de la púrpura y entre los dedos de fabulosos mercaderes juguetean luceros... en el éxtasis esmaltado de Babilonia quimérica, bordada por el dosel de las anémonas, de los cactus febriles, de las palmeras cimbreantes que abanicán los abandonos lascivos... en la morada del sueño, regazo de los deleites, que envía al cielo cálido su tibio respirar de incienso, que surcan las galeras... en la ciudad de los magos, ¡resonante de besos!, en el oasis de ríos voluptuosos que lamen la tierra enternecida, fascinada en un espasmo estallante de corolas; donde, a compás de los deseos, laten los astros, vívidos zafiros, con llorosa efusión, en la molicie de las noches de terciopelo; y el alma de la dicha, conspirando en las rosas, murmura en sueños el nombre de Alejandro... tú divagas en jardines de vértigo donde en cada flor hay un desmayo; tu nombre es bello como las pedrerías, tus

palacios es espejan en el Eufrates: ¡Eres Semíramis!

En Nínive y en Memphis, en las terrazas dormidas en que vaga el aliento de las bocas inflamadas, mojan tus dedos lágrimas de estrellas... A tus pies los aromas desfallecen... Por tí suena el gemir melódico de las hojas... Por tí calla la sombra...

¡La regia noche vibrante, cargada de suspiros y de astros, pesa sobre tus hombros!...

¡Eres Teodora, diadema de Byzancio! ¡Eres Belkis!... Jerusalem, en triunfo, abre sus puertas, humilla, a tus pies, la púrpura. ¡La mirra y el incienso, en olas tumultuosas, velan el sol!...

De su trono mirífico desciende y te aclama, en la gloria de su genio, Salomón, ¡al que corona la eterna juventud de los Cantares!

Eres Cleopatra, abrumada de perlas, y fascinas las galeras de Roma en el día inefable en que la Gracia triunfara de la Fuerza; ¡cuando para adular los pies de Antonio, del Nilo cortesano, acudieron las ondas perfumadas!

Tú arrebatas al triunviro en la caricia de tu barca de seda ebria de sonos... lánguida resbalando con el desvarío de tu corte entre márgenes de ensueño, al ritmo alado de los remos de plata...

¡Pliega Antonio la sien en tus rodillas, aprisionado con guirnaldas! Juegan las mariposas de tus besos en su laurel guerrero...

Bajo el mimo de tu pie yacen sus armas para siempre ociosas...

A su rival Octavio, sonriendo, arrojará la púrpura del mundo... ¡por tí en Actium vencido, por tí triunfante en el Olimpo!

¡Astarté de ingenuo mármol que reinas en mis noches!... ¡Eter de mi estetismo!... ¡Fuente Castalia!

¡Sacerdote del templo de tu Cuerpo, ante tu ebrio desnudo, tiemblo y sollozo en la efusión del Arte!

¡Arde a tus pies mi alma, encantada, como el sándalo fervoroso en las religiosas penumbras de una Pagoda!...

¡Proclamaré la gloria de tu carne con las gemas de Bizapur traducidas en palabras!... ¡Melisenda arcana, familiar en el Sueño!...

¡Tu anhelo desmayado infúndese en mis venas!... ¡Mi deseo, de ansias expirante, asciende desvanecidamente a ti, lotus del Extasis!

¡Polimnia luminosa, evaporada en la onda de las tardes de Atenas!; suave como las horas que morían en el olvido de los mirtos...

¡Flor de lis La Vallière!... ¡¡Suspiro hecho carne!!





RETO A VENUS CAVALIERI

Púgil del sensualismo, te desafío a lid amorosa!
¡El genio griego ha inflamado mi alma por la gloria de los lechos!

¡Anhele más que el triunfo en los juegos olímpicos del Arte, más que el oro y los trofeos y las gemas de Bizapur, contemplar, después de la lucha hirviente, los ojos de una amante, llorosos y agradecidos! . . .

¡La moribunda lasitud de un cuerpo ablandado por el placer, me sonríe mejor que la ambrosia; me embriaga más dulcemente que el Falerno apurado en ánforas etruscas!

¡En la noche de Venus yo canto a los deleites soberanos un himno de fatigas!

¡Velan sobre el misterio de la Diosa mis párpados insomnes!

¡Sobre el seno de una amante sé detener la Noche y atraer la mirada de los astros!

¡Yo vivo en las súplicas de la agonía de los besos la eternidad de la tumba!

¡Yo recojo en el seno batiente de las locas derrotadas el laurel de los triunfos venusinos!

Yo seguiré la ruta de tus convexidades: ¡Intrincaré tu cuello, tus brazos, tus senos, tu cintura, tus muslos, tus pies de lotus, con hilos de perlas de besos!

¡Yo tachonaré tu cutis de nácar con las manchas moradas que enseña el libro del amor indostánico!

¡Serán tus incensarios las alcobas hervorosas
de sándalo consagradas al arrobamiento de Kama!

¡Se desvanecerán sobre tu ara la mirra y el
incienso, el sándalo y el almizcle, el cinamomo y el
ámbar, todas las notas de la música del Perfume!

¡Yo haré fulgurar bajo tus párpados volteados
el centelleo de los goces trémulos que entonan sus
cánticos de gloria en los Paraísos del Profeta!

¡Yo ceñiré a tu cuello la sierpe del placer afa-
noso! ¡Yo abismaré tu razón con filtros salomóni-
cos!

¡Yo poseo de Ovidio y de Propercio el secreto
de rendirse!



ORACION PAGANA

¡Yo te arrojé todas mis rosas helénicas, oh amante arrebatada a la gloria del Beso!

¡No se concibe que una mano sacrílega haya podido herirte! ¡Si algo existe con derecho supremo a la vida es la Belleza inviolable, dispensadora de las lágrimas y de las sonrisas!

El ara de los dioses ha sido profanada y el Olimpo está triste.

Enmudece de congoja mi corazón de amante y perlan sobre ti ¡oh flor pagana! mis lágrimas de esteta.

¿Cómo, frente a la hermosura, no se arrodilló la Muerte? ¿Qué mano fué bastante torpe, qué voluntad bastante ciega para herir en tu seno, ¡oh peregrina! a la dulzura de amar? ¿Qué aberración monstruosa te arrancó la dicha, flor augusta de tu apasionado corazón? ¿Qué bárbaro derecho pudo disputarte la vida?

Apenas sé quien eras y mi corazón está mustio como las hojas de Otoño...

El Amor exilado vaga sobre la tierra, una vez más maldito... Aletean en torno fúnebres presagios... ¡Oh dioses! ¡El falerno de mi crátera se ha convertido en sangre!

Hermana olímpica que como yo soñaste el beso, ebria Francesca que supiste amar, tus ojos se cerraron una noche en espera de las caricias y a la orilla del lúgubre Aqueronte, ¡belleza traicionada! el Odio te condujo dormida...

El que tuvo el cobarde valor de herirte no fué, cierto, un amante. Quien no supo devorar mil punzadas no supo nunca amar. No tienen derecho a invocarte ¡oh deidad misteriosa de los deleites! sino los que veneran su trágico **ananké**; los que sabemos que escondes hieles tan amargas como son dulces los besos, los que marchamos serenos, sonrientes, al luminoso martirio...

¿Quién habla de asesinar a la Belleza? ¿Quién es bastante débil para ultrajar a la Fuerza, invitándola a estúpidas venganzas sobre las gráciles infieles?

Tú, que eliges el crimen... ¡El dolor es más bello! ¿Qué consuelo te depara la sangre? Tu corazón ávido ¿qué recoge en la muerte? Si amas ¿cómo puedes destruir? ¿Cómo atentar al ídolo si te arrodillas?

Si fuiste lastimado, mil corazones de mujer comprenden tu pena y te llaman para consolarte. ¿Por qué matas?

Síbarita de Extasis, liana de amor, enrededor de tu féretro, vagan las sombras de las amantes griegas...

Rebosa mi corazón, sube a mis labios como una ola que contiene toda la aspereza de los vastos océanos amargos. Quiero llorar por tí, tierna heroína de las más bellas cosas. Tus labios que derramaron la dicha, para siempre están cerrados por la Injusticia brutal, ¡y a tu fosa entreabierta llegan la imprecaación, el anatema, el vejamen hipócrita, el insulto!

Sobre tu féretro se reclina, lacerada, mi nostalgia de los mundos en que el amor no fué delito... ¡Rueden sobre tí, mis rosas, a puñados! ¡Con ellas mi desolación, mi protesta!

No importa que te ultrajen. Mi corazón pagano te guarda como un escudo... ¡Es más grande que el odio de los viles! ¡Mi lamento es más alto que

el clamoreo inicuo de la turba cristiana, celebrando tu partida! ¡Aun más resonante que el aullido feroz de los caníbales regocijados por tu sangre!

Amaste fuera de la Ley y de los torpes moldes... ¡Por eso tu cadáver hostigan! ¡Por eso aullan los fieros chacales del Prejuicio!

No fuiste tú, fué la gran Naturaleza quien extendió los brazos entusiasta al deleite único.

Sobre mi crátera erigida invocando a Venus, veo gotear tu sangre...

¡La altiva soledad de mi estetismo, mi hondo amor de Grecia, mi inspiración, sollozan!

Te sorprendió la muerte, aleve... Regójate: ¡te han vengado los dioses!



INDICE

	Pág.
PROPOSITOS	3
ROBERTO DE LAS CARRERAS (Dibujo)	9
FICHA BIOGRAFICA	11
PERFIL, por Ovidio Fernández Ríos	12
ROBERTO DE LAS CARRERAS, por Samuel Blixen	19
AL LECTOR	30
EN VIAJE	61
MI HERENCIA	66
POEMA SENTIMENTAL	76
EN UN ALBUM DE CONFESIONES	83
DESOLACION	86
UNA MUJER	92
MI ITALIANA	95
YO NO SOY CULPABLE	100
DON JUAN (Balmaceda)	104
PSALMO A VENUS CAVALIERI	111
RETO A VENUS CAVALIERI	123
ORACION PAGANA	126
VENUS CAVALIERI (fotos) págs. 60, 85, 91, 94, 99, 103, 110, 121, 122 125, 129	

EDICION ECONOMICA DE OBRAS DE LOS MEJORES VALORES
DE NUESTRAS LETRAS, SIN DISTINCION DE IDEAS NI TENDENCIAS

CADA NUMERO \$ 0.50

- Nº 1 — RODO (José E.) — *Ariel* — Con un prólogo de Leopoldo Alas.
- " 2 — RODRIGUEZ (Yamandú) — 1810, Poema dramático en tres actos y *El Milagro*, poema en un acto.
- " 3 — REGULES (Elías) — *Versos Criollos*, con un prólogo del Dr. J. Irureta Goyena y una Semblanza por Eliseo Cantón.
- " 4 — RODRIGUEZ (Yamandú) — *Fraila Aldao*, poema dramático en dos actos. — *Renacentista*, poema en un acto y *El Demonio de los Andes*, poema en un acto, con un prólogo de Ovidio Fernández Ríos.
- " 5 — RODO (José E.) — *Parábolas y otras lecturas*.
- " 6 — ACEVEDO DIAZ (Eduardo) — *Crónicas, discursos y conferencias*. Páginas olvidadas. Perfil de Ovidio Fernández Ríos.
- " 7 y 8 — RODO (José E.) — *Motivos de Proteo*.
- " 9 — FRUGONI (Emilio) — *Ensayos sobre marxismo*.
- " 10 — SANCHEZ (Florencio). — *Teatro*.
- " 11 y 12 — ZORRILLA DE SAN MARTIN (Juan) — *Tabaré. La Leyenda Patria*.
- " 13 y 14 — MORQUIO (Luis) — *Clínica de Niños*. Apuntes de clase tomados por el Dr. Dewet Barbato.
- " 15 — VIGIL (Constancio) — *Eslabones*.
- " 16 — VIANA (Javier de) — *Abrojos*.
- " 17-18-19-20 — QUIROGA (Horacio) — *Cuentos*.
- " 21 y 22 — LUSSICH (Antonio D.) — *Los tres gauchos orientales*.
- " 23 — QUIROGA (Horacio) — *Cuentos de la Selva* (para niños).
- " 24-25-26 — PEREZ PETIT (Víctor) — *Rodó. Su vida. Su obra*.
- " 27 — PINTOS (Francisco R.) — *Batlle y el proceso histórico del Uruguay*.
- " 28 y 29 — LARRA (Mariano José de) — *Artículos de costumbres*.
- " 30 y 31 — ACEVEDO DIAZ (Eduardo) — *Grito de Gloria*.
- " 32 — FALCAO ESPALTER (Mario) — *La colina de los vaticinios*.
- " 33 — LASPLACES (Alberto) — *Nuevas opiniones literarias*.
- " 34 y 35 — RODO (José E.) *El Mirador de Próspero*.
- " 36 y 37 — RODO (José E.) — *Hombres de América*.
- " 38 y 39 — WHITMAN (Walt) — *Poemas*, traducidos por Armando Vasseur. (Con un estudio de Angel Guerra).
- " 40 — LEPRO (Alfredo) — *Generaciones*.
- " 41 y 42 — ARENA (Domingo). — *Batlle y los problemas sociales en el Uruguay*.
- " 43 — ARENA (Domingo). — *Cuadros Criollos y Escenas de la Dictadura Latorre*.

Nº

- " 44 y 45 — MAGARIÑOS CERVANTES (Alejandro). — *Caramurú*.
- " 46 y 47 — AGUSTINI (Delmira). — *Poesías* (Los cálices vacíos. Rosario de Eros. Los astros del abismo). (Perfil de Ovidio Fernández Ríos).
- " 48, 49 y 50 — DELGADO (José M.) — BRIGNOLE (Alberto J.) — *Vida y obra de Horacio Quiroga*.
- " 51 y 52 — BORGES (Dr.) y FERNÁNDEZ (Elsa). — *Miel Amarga*.
- " 53 y 54 — SIENRA (Roberto). — *Paráfrasis*. (Perfil de Ovidio Fernández Ríos).
- " 55 — QUIROGA (Horacio). — *Cuentos* (Tomo V).
- " 56 — QUIROGA (Horacio). — *Cuentos* (Tomo VI).
- " 57 y 58 — RODO (José E.) — *El Camino de Paros*.
- " 59 y 60 — REYLES (Carlos). — *Academias, Cuentos y Ensayos*.
- " 61 — QUIROGA (Horacio). — *Los perseguidos y otros cuentos* (Tomo VII).
- " 62 y 63 — BAETHGEN (Raúl E.) — *El error del profesor Bodhel*.
- " 64 — FALCO (Angel). — *Hermano de bronce*.
- " 65 y 66 — CORTINAS (Ismael). — *Teatro* (Farsa cruel. El creda. La rosa natural). Perfil de O. Fernández Ríos.
- " 67 y 68 — GARCIA (Serafín J.) — *Barro y sol* (Cuentos).
- " 69 y 70 — RODO (José E.) — *El que vendrá*.
- " 71 y 72 — VIANA (Javier de) — *Sobre el recado* (Cuentos).
- " 73 — TRIAS DU PRE (Emilio). — *Forastero...* (Novela).
- " 74 y 75 — ARIAS (Alejandro C.) — *Estudios literarios y filosóficos*.
- " 76, 77 y 78 — DELGADO (Dr. J. M.) — *Juan María* (Novela).
- " 79 y 80 — FERNANDEZ RIOS (Ovidio). — *Poesías*.
- " 81 y 82 — MELIAN LAFINUR (Luis). — *Las mujeres de Shakespeare*.
- " 83 — QUIROGA (Horacio). — *Pasado amor* (Novela).
- " 84 — QUIROGA (H.) — *El crimen del otro* y otros cuentos.
- " 85, 86 y 87 — TRILLO PAYS (Dionisio). — *Pompeyo Amargo* (Novela).
- " 88 — QUIROGA (Horacio). — *Cuentos*. Tomo IX (El remate del Imperio Romano y Una cacería humana en Africa).
- " 89 y 90 — BAROFFIO (Orestes). — *Emociones montevideanas*.
- " 91 y 92 — QUIROGA (Horacio). — *Cuentos* (Tomo X).
- " 93 — QUIROGA (Horacio). — *Los arcañes de coral*.
- " 94, 95, 96, 97 — RUQUI (Fco.) — *Imágenes y Sugerencias*.
- " 98 y 99 — TEJERA (Adolfo). — *Abajo se vive mal*.
- " 100 — QUIROGA (Horacio). — *Historia de un amor turbio*.
- " 101, 102, 103, 104 — ACEVEDO DIAZ (E.) *Lanza y Sable*.
- " 105 — FERNANDEZ RIOS (O.) *La carreta y Herencia de Gloria* (poemas escénicos).
- " 106 y 107 — LASPLACES (A.) *Antología cuentos uruguayos*. — (Tomo I).
- " 108 y 109 — LASPLACES (A.) *Antología cuentos uruguayos*. — (Tomo II).

